



ISSN 1850-2512 (impreso)

ISSN 1850-2547 (en línea)

UNIVERSIDAD DE BELGRANO

Documentos de Trabajo

Facultad de Estudios para Graduados

Fronteras, muros y límites en la globalización

Nº 153

Norberto Emmerich¹

Departamento de Investigaciones

Departamento de Investigaciones

Julio 2006

Universidad de Belgrano
Zabala 1837 (C1426DQ6)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina
Tel.: 011-4788-5400 int. 2533
e-mail: invest@ub.edu.ar
url: <http://www.ub.edu.ar/investigaciones>

Pero la esclarecida sobresalencia de Agrícola... fue planteando una línea fortificada de puntos militares, que se robusteció en el reinado de Antonino Pío con un malecón de césped, alzado sobre un cimiento de piedra.

Historia de la Decadencia y Ruina del Imperio Romano, Edward Gibbon

Una nueva horda nómada, una nueva raza de bárbaros, emergerá para invadir o evacuar el Imperio.

Imperio, Toni Negri

La frontera es el otro rostro de la globalización, el punto por el que pasan las mercancías y el dinero pero se quedan las personas, una línea donde se establece el límite y se desnudan las promesas, donde se manifiesta la distancia infinita que separa a los mundos contiguos. Es una marca de violencia, el recuerdo persistente de una diferencia infranqueable, donde las promesas de integración, equidad y justicia encuentran su límite.

Ricardo Forster, La frontera

Pertinencia del tema

En "*Libertad o capitalismo*" Beck dice: "la situación intelectual es desoladora. Los muros fronterizos que se levantaron para durar eternamente se están desmoronando. Y ¿qué hacen actualmente los intelectuales? Los intelectuales han dejado de pensar. Los teóricos de la posmodernidad, del neoliberalismo y de la teoría de los sistemas, anuncian a golpe de trompeta, sentados en el butacón de su despacho, el fin de la política. Y todos siguen este dictado. Todos, pero no la realidad" [citado por Alfieri, 2006]. Si las fronteras que separaban a las comunidades ya no están contenidas en el Estado nacional, la pequeña decisión ya no deriva de la 'gran' política (nacional) y la crisis de la concepción territorial del poder se expresa en el nivel de los mandatos imperativos, la política. Más aún, si la globalización significa el final del Estado y de la democracia, "el final de la nación entraña la muerte de la política" [Beck, 1998: 153, citando a Jean-Marie Guéhenno].

La frontera obliga a pensar, lo que hasta ahora unía el "nosotros", separándonos del "ellos", ahora nos mezcla a todos. Rodeados de miradas y rostros indistinguibles nuestro paisaje cotidiano pierde aquellas tradicionales características de propio que nos permitían sentirnos cómodos y ciegos. Con la ilusión de construir un cerco de protección e identidad, en lugar de las viejas fronteras que caen nos tentamos en levantar muros que nos defienden de un enemigo a quien no podemos ver.

Introducción

En tiempos de globalización el incremento de los flujos comerciales, económicos y financieros avalan las afirmaciones que hablan del fin del Estado-nación y del nacimiento de un mundo sin fronteras [Ohmae, 1997: 16]. En este "nuevo mundo" las fronteras serían algo del pasado, propias de un Estado nación dotado de atributos formales de soberanía que colisionan con las estructuras y prácticas políticas reales frente a la presión de disyuntivas cada vez más influyentes [Held, 1997: 129], sufriendo la erosión de tales atributos. En esta concepción el mundo tiende a convertirse en una superficie lisa y uniforme, donde la distinción entre lo interior y exterior carece de relevancia [Negri, 2001: 139], derrumbando una característica fundacional del pensamiento moderno.

Al mismo tiempo y contradictoriamente, también asistimos a la reafirmación estridente de la frontera como instrumento de preservación frente al "descomunal desplazamiento de población de la periferia al centro" [Rodríguez, 2002]. Esgrimiendo un discurso opuesto a la retórica trasnacional de la globalización asistimos "al fin de la tolerancia" [Theil, 2006] y a la construcción de nuevos muros que reviven la vieja tentación de tener paredes de segregación o protección [Restivo, 2006]. Si los viejos muros de la Guerra Fría eran para no salir, los de ahora son para no dejar entrar.

Sea que el mundo asista al fin de las fronteras, sea que las reafirme rotundamente, coincidiendo ambos procesos en la misma geografía (europea y americana), se nos plantean los primeros interrogantes que este trabajo aborda: ¿es cierto que los flujos inmigrantes amenazan a unidades políticas tan poderosas como Europa y Estados Unidos? Si la globalización erosiona la soberanía de los Estados nacionales, ¿por qué las regiones con menos poder amenazan a las regiones con más poder, como si los más erosionados fueron los menos erosionados?, ¿cómo impacta la globalización en la clásica relación entre Estado y territorio?; cuando la frontera se corporiza en un muro ¿por qué éstos constituyen siempre fronteras interiores y no fronteras entre países?; siendo que los muros no permiten ver del otro lado ¿es lo mismo que la frontera se

constituya en otras formas que sí permiten *ver*, tales como línea, alambrada o reja?; se afirma que la ampliación del espacio de la polis implica la correlativa inauguración de una politicidad diluida ¿eso significa una resignificación (ampliación) de lo político hasta el punto de hacer desaparecer el ‘concepto’ mismo de frontera?

Estas preguntas enlazan la globalización con unidades delimitadoras de espacios más pequeños.

Fronteras, muros y límites. Introducción terminológica

La frontera es tanto una entidad física (un instrumento) como un concepto político (una finalidad).

- En el primer aspecto es entendida como concreción física de un concepto político y puede adoptar diversas maneras. Ya sea como marca, línea, cerca o muro la frontera siempre intenta actuar como “límite”, territorial y geográfico, que ayuda a separar lo propio de lo extraño, el nosotros del ellos, lo nacional de lo internacional. En la medida en que esta afirmación física de la frontera es exitosa se refuerzan los contenidos simbólicos de pertenencia e identidad propios de la nacionalidad “contenida” y se delimita el espacio social y político.
- En el segundo aspecto la frontera establece un “límite”, que ha sido en el primer aspecto territorial y geográfico y ahora es político. El Estado asienta su soberanía sobre un determinado territorio que “contiene” a la nación, mediante un doble tabique que en primer lugar separa hacia el exterior e integra hacia el interior. La frontera también “limita” la propia expansión frente a la presión amenazante del medio externo, aportando a la construcción de un sistema internacional de Estados.

La relación entre nuestros tres términos centrales, **frontera, muros y límites**, consiste en que la entidad política llamada **frontera**, tiene como una de sus posibles formas físicas, en determinadas circunstancias políticas y momentos históricos, al **muro** (o la verja, la alambrada, etc.) siempre con la finalidad de poder cumplir con su función de **límite**, cuya estabilidad y precisión dependerá de cada momento histórico.

La frontera en el Estado nacional. Relación entre frontera y territorio

Los Estados-nación se formaron cuando consolidaron “fronteras” claras, en lugar de los “límites” más imprecisos característicos de los Estados más tradicionales. Las fronteras son líneas precisas dibujadas sobre un mapa, que designan el territorio de la nación y cualquier violación de ellas es considerada como un ataque a la integridad de la nación. Los Estados están volviendo a tener más límites que fronteras debido a sus lazos con otras regiones y a su integración en agrupaciones transnacionales de todo tipo [Giddens, 1999: 154].

La frontera cumple la doble tarea de separar hacia fuera e integrar hacia adentro. Ambas tareas fueron históricamente desarrolladas apelando a la violencia estatal como instrumento de pacificación, disolviendo las diferencias al interior y alejándolas en el exterior, de tal manera de poder afirmar la existencia de un interior pacífico e igualitario mientras todo lo distinto y amenazante queda en el exterior.

En esta concepción clásica de la frontera, el territorio, la nación, el Estado y el mercado conviven en el mismo “espacio”, todos ellos “contenidos” por la frontera, internacionalmente reconocida y militarmente protegida.

El territorio es una de las primeras condiciones de la existencia del Estado. La realidad social se define por dos elementos: uno subjetivo que es la comunidad, y otro objetivo, que es el territorio. La sujeción de la comunidad al Estado no depende de que exista un sentimiento de comunidad, sino de la existencia de un territorio. Precisamente porque el territorio “delimita objetivamente la realidad social” [Pérez Agote 1995, 16].

Weber propone una definición general del Estado que enfatiza la territorialidad como una de sus tres notas genéricas junto con el monopolio de la violencia y la pretensión de legitimidad [Weber, 1977, 43-44] al sostener que el Estado es “*aquella comunidad humana que dentro de un territorio delimitado reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima*”.

La territorialidad del Estado moderno se asienta sobre cuatro factores: los cambios en los medios de comunicación, el incremento de las funciones estatales, la concentración administrativa y la relativa nivelación de los súbditos. Estos factores permitirán la consolidación de un centro de poder, una ágil comunicación entre centro y periferia, una penetración intensiva del Estado en la vida social y una homogeneización política [Ramos, 1995: 39-40].

En los siglos XVI y XVII el poder estatal tenía dificultades en consagrar la soberanía como voluntad del príncipe, que era más compartida y/o contestada que sumisamente aceptada. Durante un prolongado período histórico el nuevo Estado y la nueva soberanía “eran más pretensiones doctrinales que realidades políticas” [Ramos, 1995: 41]. Y las dificultades eran de dos órdenes: era necesario el “cierre de espacios como principio de estructuración” [Maravall, 1972: 94] y la “separación de lo exterior y lo interior” a través de una frontera [Ramos, 1995: 42]. El cierre de espacios que asegura la soberanía del Estado es liberación frente al poder de otros y unificación interna del propio poder [Bobbio, 1992:71].

En estas primeras etapas de la formación del Estado la soberanía se ha de establecer doblemente, hacia el interior y hacia el exterior de la frontera trazada, en el marco de otras soberanías competitivas. La lógica de comunicación de esta construcción es la violencia: los Estados soberanos se construyen comunicándose violentamente, blandiendo la doble espada de la guerra externa y la pacificación interna que permite asentar fronteras. Nace un sistema de fronteras que se utiliza para separar lo propio de lo extraño, en busca de un reconocimiento para sí que nunca se concede definitivamente al otro mediante un sistema reglado que nunca llega al clímax de la victoria o derrota definitivas, pues el enemigo de hoy es el aliado de mañana tratando de lograr un equilibrio que haga imposible la aparición de cualquier hegemonía. Por mucho tiempo la distinción entre interno y externo fue frágil, los conflictos civiles internos rápidamente se convertían en guerras entre Estados. En todos los casos se cumplía la máxima de la construcción de la identidad nacional: “decimos no, pero significamos yo” [Lynch, 1995: 89].

En consecuencia, la soberanía estatal necesita la formación de fronteras, en torno a las cuales los nuevos Estados establecen una lógica comunicativa de violencia, tanto hacia el interior como al exterior. Esta soberanía ha sido concebida en términos de un territorio y de la relación de dicho territorio con su exterior.

Estado, territorio y democracia

La nación, el Estado territorial y una economía circunscripta por fronteras conformaron una constelación histórica en la cual el proceso democrático, en mayor o menor medida, pudo adoptar una convincente forma institucional. Del mismo modo, la idea de una sociedad constituida democráticamente, cuyas partes pueden actuar reflexivamente sobre sí mismas como si fueran un todo, sólo ha progresado en el marco del Estado nación. Esta constelación está siendo puesta a prueba por una serie de desarrollos que conocemos con el nombre de “globalización” [Habermas, 2000: 83-84].

McGrew plantea el desafío de la siguiente manera: “porque si el Estado soberano ya no se concibe como algo indivisible sino como algo compartido con agencias internacionales; si los Estados ya no tienen control sobre sus propios territorios; y si las fronteras territoriales y políticas son cada vez más difusas y permeables, los principios fundamentales de la democracia liberal, es decir, el autogobierno, el *demos*, el consenso, la representación y la soberanía popular se vuelven problemáticos” [McGrew, 1997: 12].

El derecho positivo combina la delimitación social de la comunidad política con los límites territoriales de un territorio controlado estatalmente. Debido a que el territorio estatal circunscribe el ámbito de validez de un ordenamiento jurídico sancionado estatalmente, la pertenencia a un Estado se establece a partir de un territorio del Estado. Dentro de las fronteras del Estado se es *sujeto potencial* de una autolegislación de ciudadanos democráticamente unidos y se constituye la sociedad como *objeto potencial* de su actuación [Habermas, 2000: 87].

A partir del principio territorial surge la división entre el ámbito de las relaciones internacionales (política exterior) y el de la soberanía popular (política interior) que se basan en premisas diferentes. Hacia fuera, frente al resto de sujetos del derecho internacional, la soberanía del Estado se fundamenta a partir del recíproco reconocimiento de la integridad de las fronteras estatales. Esta prohibición de intervención no

excluye el *ius ad bellum* es decir, el derecho de declarar la guerra en cualquier momento. La soberanía se encuentra respaldada por la autonomía que representa la fáctica capacidad de coerción del Estado. La autonomía resultante de la capacidad coercitiva del Estado se medirá por su capacidad de proteger las fronteras frente a enemigos exteriores y, en el interior, por su capacidad de mantener “la ley y el orden” [Habermas, 2000: 87-88].

La movilización política de los súbditos exige primero la integración cultural de una población heterogénea. Este *desideratum* lo satisface la idea de nación, con cuya ayuda los miembros de un Estado construyen una nueva forma de identidad colectiva que va más allá de las lealtades adquiridas por el nacimiento [Habermas, 2000: 88].

Los miembros de la misma “nación”, aunque sean y permanezcan extraños unos para otros, se sienten responsables de los demás y están dispuestos a “sacrificarse” en el servicio militar o en el pago de los impuestos.

La relación interior-exterior

Los primeros teóricos sociales, desde Hobbes a Rousseau, entendieron el orden civil como un espacio interior y limitado que se opone o contrasta con el orden externo de la naturaleza. El espacio limitado del orden civil es definido por estar separado de los espacios externos de la naturaleza. El proceso de modernización, en estos contextos, es la internalización del afuera, de la civilización de la naturaleza.

Para Toni Negri los binarios que definieron al conflicto moderno se han desvanecido. El Otro que podía delimitar un Yo soberano moderno se ha vuelto indistinto y fracturado, y ya no hay un afuera que pueda demarcar el lugar de la soberanía y dar coherencia a la crisis. El mercado capitalista siempre se pronunció contra la separación entre el adentro y el afuera. Le molestan las barreras y su prosperidad avanza al incorporar cada vez más dentro de su esfera. La constitución del mercado mundial significará el arribo al punto final de esa tendencia, en la cual ya no habrá afuera: todo el mundo será su dominio.

El tradicional espacio estriado de la modernidad construyó lugares que se involucraron continuamente en una relación dialéctica con sus exteriores. El capital toca aquello que le es extraño y lo vuelve propio confirmando que “la burguesía crea el mundo a su propia imagen”, como bien dijo Marx. En términos económicos esta civilización y modernización significan capitalización, es decir, incorporación dentro del ciclo expansivo de la producción y acumulación capitalistas. De este modo el entorno no-capitalista (territorio, formas sociales, culturas, procesos productivos, fuerza de trabajo, etc.) es subsumido formalmente bajo el capital.

El mundo de los Estados-nación, con sus intercambios exclusivos y tarifas protectoras, sus territorios nacionales y coloniales, está alzando y reforzando continuamente fronteras fijas, bloqueando y encauzando flujos económicos, sociales y culturales. Se apoya sobre estas fronteras fijas y en la distinción entre interior y exterior. Crea una camisa de fuerza para el capital que eventualmente deberá destruir las barreras entre el interior y el exterior.

El dominio capitalista ya no está delimitado por las fronteras nacionales o por los límites internacionales tradicionales. Los trabajadores que abandonan el Tercer Mundo para ir al primero en busca de trabajo o riqueza contribuyen a socavar los límites entre los mundos. El Tercer Mundo no desaparece en el proceso de unificación del mercado mundial, sino que entra en el Primero, se instala en su corazón como ghetto, villa, favela, siempre producido y reproducido nuevamente.

Beck afirma que el término globalización significó siempre algo así como una agregación a las dimensiones ya existentes de los Estados nacionales. Primero vendría la localidad, tras ella la región, luego el Estado, después el nivel internacional y luego tal vez el de la globalización. No existen más esas nítidas y fáciles polaridades del interior y el exterior, lo nacional y lo internacional, yo y el otro [citado por Alfieri, 2006].

La frontera en la conformación de la comunidad política

Una comunidad política supone al menos ciertas instituciones comunes y la existencia de un solo código de derechos y deberes para todos los miembros de la comunidad. También supone un espacio social definido, un territorio suficientemente bien delimitado y demarcado, con el que se identifican sus miembros y al que sienten que pertenecen [Smith, 1997: 8].

En primer lugar este modelo occidental o “cívico” de la nación es una concepción predominantemente espacial o territorial, según la cual las naciones deben poseer territorios compactos y bien definidos. El pueblo y el territorio tienen, por así decirlo, que pertenecerse mutuamente. Pero no se trata de cualquier extensión de terreno; es, y así debe ser, el territorio “histórico”, la “patria” (*homeland*), la “cuna” de nuestro pueblo, aunque no sea la tierra de donde proceden originariamente [Smith, 1997: 8].

Un territorio histórico, una comunidad político-legal, la igualdad político-legal de sus integrantes y una ideología y cultura cívica colectivas, estos son los componentes del modelo estándar occidental de la identidad nacional [Smith, 1997: 10].

La identidad nacional y la nación son constructos complejos integrados por una serie de elementos interrelacionados de tipo étnico, cultural, territorial, económico y político-legal. La nación ha combinado, en proporciones que varían según los casos, dos tipos de dimensiones: la cívica y territorial, por un lado, y la étnica y genealógica, por otro. Ese carácter multidimensional ha convertido a la identidad nacional en una fuerza tan flexible y duradera en la vida y la política de nuestros días que le ha permitido fusionarse eficazmente con otras ideologías y movimientos influyentes sin perder su carácter propio [Smith, 1997: 14].

Las funciones externas de la identidad nacional son territoriales, económicas y políticas. En primer lugar, las naciones definen un *espacio social* concreto en cuyo marco han de vivir y trabajar sus miembros y también demarcan un *territorio histórico* que sitúa a una comunidad en el espacio y el tiempo.

Por último, el sentido de la identidad nacional supone un medio eficaz de definir y ubicar la personalidad de los individuos en el mundo a través del prisma de la personalidad colectiva y de la cultura que la caracteriza. Así podemos saber “quienes somos” en el mundo contemporáneo. Este proceso de autodefinición y ubicación es en muchos aspectos la clave de la identidad nacional, pero también es el elemento que ha suscitado más dudas y mayor escepticismo [Smith, 1997: 14-15].

La ampliación del espacio redefine lo político

Cuando Aristóteles definía al hombre como un *zoon politikon*, definía precisamente al hombre, no a la política. Quería significar que el hombre se realiza completamente como tal solo porque vive en la polis y porque la polis vive en él. Al decir “animal político”, Aristóteles expresaba la concepción griega de la vida, una concepción que hacía de la polis la unidad constitutiva (indescomponible) y la dimensión completa (suprema) de la existencia [Sartori, 1987]. El vivir “político” –en y para la polis– era al mismo tiempo el vivir en *koinonía*, en comunión y “comunidad”.

Esta comunidad era política porque se relacionaba con temas de interés común y porque todos los integrantes tomaban parte en esa vida común. Como lo hiciera notar Aristóteles: “*aunque era posible encastrar todo el Peloponeso en una sola muralla, con esto no se crearía una polis*” [citado por Wolin, 1960: 80].

Los interrogantes de los pensadores griegos eran: ¿hasta dónde se podía extender los límites del espacio político; ¿qué dilución numérica podía tolerar la noción de ciudadano-participante; ¿hasta dónde podían reducirse los aspectos “públicos” de las decisiones antes de que la asociación política cesara de ser política? [Wolin, 1960: 79]. La política de Aristóteles estaba ligada al “espacio” de la polis. Caída la polis, la “politicidad” se atenúa, se diluye o se transforma [Sartori, 1987].

La conciencia del espacio político, altamente desarrollada en la filosofía griega, era el reflejo directo de un mundo político concreto, dentro del cual una multitud de pequeñas ciudades independientes, movidas por la dinámica de la ambición, la lucha de clases, las presiones de población y el desequilibrio económico, incidían mutuamente, resultándoles difícil actuar sin chocar entre sí. El miedo y la desconfianza a lo “exter-

no” eran el acompañamiento psicológico de una incapacidad de pensar políticamente en términos de un área más vasta que la polis. En el pensamiento griego, el concepto de lo político había llegado a identificarse con la dimensión espacial definida de la polis [Wolin, 1960: 82].

Posteriormente la ciudad romana amplía la dimensión que admitía el “vivir político” en la escala griega. La *civitas* romana es, con respecto a la polis, una ciudad de politicidad al mismo tiempo ampliada y diluida. El animal social del que hablan Séneca y los estoicos es el hombre que se ha extrañado de la polis, negativamente adaptado a vivir en una cosmópolis [Sartori, 1987] donde la política abandona el “cara a cara” y se vuelve vertical.

Esta problemática vertical es extraña al discurso basado en la nomenclatura griega y también a su posterior desarrollo medieval. La idea horizontal es tomada también por el inglés *common wealth* que equivale a “bien común”. Nuestra república, entendida como una forma de Estado opuesta a la monarquía, se sitúa en la dimensión vertical, que estaba ausente en la antigua idea de *politéia*, de *res publica* y de *common wealth* [Sartori, 1987].

La expansión de Roma, desde una ciudad-estado típicamente pequeña hasta un enorme imperio, se llevó a cabo en el período de la república (150 AC-27 AC). El intento de gobernar este enorme espacio conservando los valores e instituciones de una pequeña comunidad política impuso graves presiones al sistema. Al mismo tiempo, la tensión entre las exigencias de espacio y los objetivos institucionales era acompañada por una intensificación del conflicto y la rivalidad políticos [Wolin, 1960: 80-81].

Desde la muerte de Alejandro hasta la absorción del mundo mediterráneo en el Imperio Romano las condiciones políticas ya no correspondían a las categorías tradicionales del pensamiento político. La polis reflejaba una asociación intensamente política, en tanto que las estructuras estatales posteriores a la declinación de la polis fueron (en sentido griego) esencialmente apolíticas. Mientras que la teoría política griega había tenido como tarea histórica descubrir y definir la naturaleza de la vida política, fue el pensamiento helenístico y romano posterior quien descubrió el significado que podía tener la dimensión política en un espacio imperial (más allá de la polis) [Wolin, 1960: 85].

La creciente distancia requería también nuevos métodos de control político. La megalópolis había desplazado a la polis y en esta nueva dimensión espacial “resultaba anacrónica la antigua concepción de la asociación política”. El concepto de comunidad política había sido arrollado por la cantidad y diversidad de los participantes [Wolin, 1960: 87]. Cuanto más nos alejamos del formato de la polis y de la pequeña ciudad-comunidad, tanto más los conglomerados humanos adquieren una estructura vertical, en altura.

En estas nuevas dimensiones espaciales los métodos empleados para fomentar la lealtad y un sentimiento de identificación personal diferían necesariamente de los relacionados con la idea griega de ciudadanía. Antes la lealtad provenía de un sentimiento de participación común; ahora debía centrarse en una común reverencia hacia el poder personificado. La persona del gobernante servía de meta para las lealtades, de centro común que vinculaba las partes dispersas del imperio. Esto se conseguía transformando la monarquía en un culto y rodeándolo con un complicado sistema de signos, símbolos y devoción [Wolin, 1960: 86].

La personificación de la autoridad y el recurso al simbolismo fueron dictados no solo por la heterogeneidad de los grupos de sostenedores, muy diferentes en cuanto a cultura y refinamiento político, sino también por la necesidad de superar el carácter cada vez más abstracto de la vida política. Al desarrollarse la organización imperial, el locus del poder y la decisión había quedado muy lejos de las vidas de la gran mayoría.

La cuestión de la pertenencia a la sociedad se había convertido en una cuestión más apremiante aún, ya que ahora se pedía y obligaba a los hombres a colaborar, a sacrificarse y servir en nombre de una asociación a la cual integraban solo formalmente y a veces de modo ficticio, como en la concesión romana de ciudadanía a pueblos distantes [Wolin, 1960: 87].

La globalización re-une a la ubicación vertical una expansión horizontal, lo que vuelve a subvertir todo el discurso y surgen nuevas implicancias teóricas relacionadas con la nueva dimensión espacial.

El problema del otro

Para Ulrich Beck la democracia se basa en una solución de compromiso entre el “*ethos y el demos*”, por el cual los conflictos entre grupos étnicos son estandarizados “en un camino pavimentado con opresión”. Hacia fuera esto significa exclusión, construcción arbitraria de la alteridad y difusión de enemigos estereotipados que se confirman como tales mediante la guerra; hacia adentro significa asimilación forzada, expulsión, destrucción de la cultura y de la vida de los grupos disímiles [Beck, 1999: 105].

La revolución en las comunicaciones abre el espacio de una “esfera pública ilimitada” [Beck, 1999: 105] que dificulta una clara delimitación entre lo “extranjero” y “lo propio”, provocando dos eventos contradictorios: por un lado la supresión de las fronteras y por el otro las expresiones de xenofobia que intentan restablecer las fronteras perdidas [Beck, 1999: 105].

En los procesos de individualización pensados a nivel global los criterios que sustentan la oposición nacional entre lo propio y lo extranjero quedan suspendidos y se vuelven vagos y faltos de tradición. Esto no implica su desaparición sino una recuperación de su militancia ya que la definición nacional deja de ser una expresión meramente cultural para convertirse en una cuestión de poder, utilizando los recursos de la “nacionalidad” para legitimarse y sostenerse. En esta perspectiva, las explosiones de xenofobia, además de indicar que las fronteras ya no cumplen su tradicional función “contenedora”, son reacciones a las posibilidades de desaparición, buscando mantener y renovar “lo extranjero” y “lo diferente”.

En cuanto a lo ‘propio’, Beck sostiene que la construcción de identidades colectivas se ha tornado frágil y con ello también la diferenciación del extranjero. Las formas de lo propio, colectivamente compartidas, descansan cada vez menos en los procesos básicos sobre los cuales siempre fueron construidos: una identificación estable con el propio grupo social y la interiorización de valores grupales comunes [Beck, 1999: 106]. Las migraciones a escala mundial, con su descomunal desplazamiento de población de la periferia al centro, han puesto en tela de juicio la supuesta homogeneidad cultural de los estados nacionales [Rodríguez, 2002].

Si la demarcación de límites respecto a los extranjeros ya no descansa en inequívocas diferencias culturales, queda en evidencia su carácter construido [Beck, 1999: 106-107] y se modifican las causas por las cuales se trazan fronteras.

Estas ‘nuevas’ fronteras de la globalización tienen una perspectiva social que se acerca a la pura decisión y no se basan en los aspectos culturales que tradicionalmente se asociaban con los extranjeros. La competencia social y la estrategia política, que representan conflictos de poder, reemplazan a las relaciones culturales, que representaban diferencias ‘éticas’. Las guerras civiles y de bandas europeas representan estos conflictos de poder. Los individuos abandonan las ataduras culturales y construyen nuevas definiciones de grupo respecto a lo propio y lo extraño de un modo más arbitrario y fluido, en consonancia con las necesidades de éxito en la competencia por ventajas y recursos. Las diferencias culturales se vuelven una “legitimación de estrategias de poder que son puntos de referencia para la construcción de ‘grupos de situación propios’, cuya coherencia y composición interna se modifica con el enemigo que acaba de construirse” [Beck, 1999: 107].

Este proceso de construcción de identidad con base política ha establecido los extremos del *continuum* pero aún no constituye una dialéctica precisa de lo propio-extraño. Para ello una relectura de los autores iusnaturalistas presenta lo que algunos autores denominan “estado de guerra permanente”, que afirma la perspectiva social de la frontera como ‘pura decisión’. En este “estado de guerra” ya no impera el “Estado de naturaleza”, pero todavía no se arriba al “Estado civil” o político. Es justamente para superar el estado de naturaleza y evitar el estado de guerra, es decir, para poder tener un juez con derecho, con legitimidad, que nace la “sociedad civil” o política (el “estado civil”). Pero un juez civil o político tiene sólo autoridad intraestatal. Las relaciones entre estados, entre naciones, en cambio, pasan a un “estado de guerra”, porque les “falta un juez común con autoridad”, y en ese caso “soy yo el único juez dentro de mi propia conciencia” [Locke, 1990: 36]. En las relaciones con las poblaciones exteriores fronterizas no hay autoridad supranacional política para dilucidar cualquier posible conflicto, sino que solo impera el estado de guerra. Este “estado de guerra” es un “estado de excepción” en que la dignidad de la alteridad es aniquilada. Esta negación de todo derecho del Otro queda nuevamente reafirmada en el concepto lockiano de “poder despótico” [Dussel, 2002].

“El Estado de guerra suspende la moral; despoja a las instituciones y a las obligaciones eternas de su eternidad y, por lo tanto, anula en lo provisorio los imperativos incondicionales. La guerra no se sitúa solamente como la más grande entre las pruebas que vive la moral. La convierte en irrisoria. El arte de prever y de ganar por todos los medios la guerra se impone como el ejercicio mismo de la razón [Levinas, 1987: 47]. Es imposible alejarse del orden que ella instaura. Nada queda fuera. La guerra no muestra la exterioridad ni lo otro en tanto que otro; destruye la identidad del mismo. El ser que aparece en la guerra se decanta en el concepto de totalidad tan importante en la filosofía occidental. En ella los individuos son meros portadores de fuerzas que los dirigen a sus espaldas toman prestado un sentido a esta totalidad” [Levinas, 1987: 48].

Si una comunidad juzga que el africano o el mexicano ha negado la ley natural, a partir de tal “juicio” dicho extraño pierde de inmediato todo derecho y queda determinado como enemigo (el *inimicus* y no el *hostis* de Schmitt) al que se le puede declarar una “guerra justa” [Dussel, 2002].

En efecto, Locke se inspira en Aristóteles cuando distingue entre un “poder despótico” (*despoteia*) y un “poder político”. Aplica así la conocida distinción entre el poder en el “estado de naturaleza”, o en el “estado político”, del ejercicio del poder en el “estado de guerra”, e invierte los hechos ya que los africanos o los indígenas americanos son los atacados injustamente y se los describe como agresores. Repitamos su argumento:

Poder despótico es el absoluto y arbitrario (poder) que permite a un hombre atentar contra la vida de otro cuando así le agrada. El agresor se ha salido de la ley de la razón que Dios estableció como regla para las relaciones entre los hombres y de los recursos pacíficos que esa regla enseña, recurriendo a la fuerza para imponer sus pretensiones injustas y carentes de derecho. Por esa razón, los prisioneros capturados en una guerra justa y legítima, y solamente ellos se encuentran sometidos a un poder despótico [Locke, 1990: 182] que es en el fondo una prolongación del estado de guerra. El poder que un conquistador adquiere sobre aquellos a quienes vence en una guerra justa es totalmente despótico [Dussel, 2002].

Las fronteras son parte de la política exterior de los Estados. En ese ámbito no hay juez y cualquiera puede determinar una violación a la “ley natural”, convertir al agresor en *inimicus* y declararle la guerra para ejercer sobre él, una vez vencido, el poder despótico.

Para Locke, como en el caso de las relaciones entre Estados, no se retorna simplemente al “estado de naturaleza” (como para Hobbes o posteriormente para Hegel), sino que se accede a un “estado de guerra” permanente. Y, como hemos citado ya en Levinas, “el estado de guerra suspende la moral” [Dussel, 2002].

En esta percepción del otro amenazante los viejos discursos de la Libertad, la Igualdad y el Bienestar ceden paso a la preocupación por la seguridad y la vigilancia como nuevas promesas de un proceso histórico universal retraído, ideológicamente replegado sobre sí mismo [Vidal Jiménez, 2004: 2].

La activación del miedo que conlleva la construcción del “otro” como enemigo y como amenaza siempre ha constituido una fuente de autoridad [Vidal Jiménez, 2004: 2]. Las imágenes de enemigo que los medios construyen poseen una fuerza integradora que crea consenso social allí donde no lo hay.

Las imágenes del enemigo permiten prescindir de la democracia con el consentimiento de la misma democracia, puesto que la modernidad se ha asentado en determinadas formas militares de autolegitimación política: “en consecuencia, milicia, caso de guerra, etc., no son sólo términos geoestratégicos y de política exterior, buscan también una forma de organización de la sociedad en el interior, no militar pero conforme a lo militar. Todas las democracias son democracias mediadas militarmente. El consenso militarista limita el consenso democrático, y a la inversa: la democracia establecida asume la disponibilidad para caso de guerra” [Beck, 2000: 159].

Hacia 1932, en *El concepto de lo político*, Schmitt limita la existencia y el grado de cohesión de una comunidad política a esa capacidad de definir un “otro”, un “extraño”, un “enemigo”. Ello está en la base de la posibilidad real y del sentido de la guerra hasta el punto de que, como el mismo reconoce “el concepto del amigo, del enemigo y de la guerra adquieren su acepción real cuando se refieren a la posibilidad real de matar físicamente y la mantienen. La guerra nace de la hostilidad, porque ésta extraña la negación esencial de otro ser” [Schmitt, 1984: 49]. Al proceso de globalización se suele oponer la exaltación de identidades locales, nacionalismos étnicos o lingüísticos que reclaman fronteras que desbordan los límites de los Esta-

dos y fundamentalismos religiosos o políticos [Ainsa, 2001: 21]. En estas afirmaciones locales y comunitarias hay una reivindicación, muchas veces radical y otras violenta, de identidades colectivas que no se resignan pasivamente al proceso entablado. Forman parte de esta oposición quienes propugnan preservar la diversidad cultural de pueblos y comunidades autóctonas en compartimentos estancos y cerrados, ajenos a todo contacto o influencia foránea, como reliquias arcaicas y exóticas de un paraíso perdido.

Otras visiones son más contemporizadoras y no ven tantos peligros en los cambios que han acontecido sobre el Estado nacional, la identidad nacional y la relación con el otro.

Giddens sostiene que el Estado nación no se está convirtiendo en una “ficción” ni el gobierno en algo obsoleto pero acepta que su forma está cambiando. La soberanía ya no es una cuestión absoluta, si es que alguna vez lo fue: las fronteras se están volviendo más borrosas, especialmente en la Unión Europea. [Giddens, 1999: 44-45] y se están transformando nuevamente en “límites”, pero no por las mismas razones que en el pasado. Ahora es debido a sus lazos con otras regiones y a su integración en agrupaciones transnacionales de todo tipo [Giddens, 1999: 154].

La identidad nacional sólo puede ser una influencia benigna si es tolerante con la ambivalencia o con la afiliación múltiple. Los individuos que son simultáneamente ingleses, británicos, europeos y que tienen algún sentido general de ciudadanía global pueden considerar a alguna de éstas como su identidad dominante, pero esto no ha evitar necesariamente que acepten también las otras [Giddens, 1999: 154-155].

A despecho de las afirmaciones de Beck, Giddens sostiene que las identidades nacionales han de sostenerse en un entorno tolerante, en el que no tendrán el nivel de inclusividad que una vez tuvieron, y donde existen otras lealtades paralelas [Giddens, 1999: 159]. A medida que las fronteras se vuelven más difusas, y las demandas de autonomía local más insistentes, viejas formas de identidad nacional han de ser reestructuradas. La pregunta de ¿quiénes somos? deviene confusa, pero presiona hacia una respuesta coherente [Giddens, 1999: 159].

La globalización

La palabra global deriva del latín “*globus*”, vocablo con que la lengua militar designaba el “pelotón”, orden circular que adoptaba la legión romana cuando la rodeaba el enemigo. El emperador Caracalla adoptó la forma del *globus* como símbolo del imperio [Ainsa, 2001: 12]. En esta genealogía militar la globalización se emparenta con la ferocidad de una política exterior que refleja los sentimientos de inseguridad de la población occidental [Morgenthau, 1973: 139]. La palabra griega *polis* es origen común de dos términos universalmente aceptados: por un lado “política” y por otro lado “policía”. Las lenguas europeas (francés, inglés, alemán, español) coinciden con el castellano en adoptar esta segunda acepción de sentido represivo, la policía como encargada coercitiva de la polis [Valembois, 2001].

Aunque algunos sostienen que la globalización es un mito, una continuación de tendencias ya establecidas hace tiempo o un invento de los neoliberales están los autores y políticos que dicen que la globalización es no sólo real, sino que está ya bastante avanzada [Giddens, 1999: 40-41].

Una gran mayoría entiende que la globalización es un proceso que supera al Estado como marco de referencia política. En palabras de Kenichi Ohmae, vivimos en un mundo sin fronteras, en el que el Estado-nación se ha convertido en una “ficción” [Ohmae, 1997: 16] y los políticos han perdido todo poder efectivo.

La creciente internacionalización de las relaciones económicas desliga al capital de las ataduras de los poderes políticos nacionales. El poder económico se considera autosuficiente, extendiendo la deslegitimación de lo público. La globalización sostiene que las formaciones y relaciones de clase ocurren ahora dentro de un espacio transnacional que está separado del sitio nacional. Es la visión que enfatiza la **centralidad del Estado**.

1.a. El argumento de la *ortodoxia de la globalización* es que el espacio de la autonomía del Estado es reducido por la globalización económica, que ha perdido la capacidad de iniciar acciones y sólo se limita a re-accionar frente fuerzas económicas mundiales. Robert Cox concuerda en que existe “un nuevo orden mundial que determina y transforma las estructuras del Estado... y que lo obliga a ajustar sus políticas económicas a la dinámica de la economía mundial” [citado por Flores Olea, 2000: 151].

- 1.b. El mismo argumento (invertido) utilizan quienes demandan el retorno a la vieja centralidad estatal exigiendo que el Estado recupere su capacidad de dictar reglas al capital y recupere el control sobre el sitio nacional, ya que las exigencias de reducción de los Estados y de abandono de los sectores públicos de la economía, de eliminación de cualquier obstáculo a las inversiones y a los flujos de capital, “son prescripciones de los Estados centrales a los Estados periféricos como mecanismos idóneos para favorecer sus propias inversiones” [Flores Olea, 2000: 148].

En realidad el Estado de los países centrales está lejos de reducirse, más bien se ha incrementado, y tal cosa ocurre en los propios Estados Unidos y en los países de la OCDE [Flores Olea, 2000: 149]. Las tremendas presiones de las tendencias globalizadoras de nuestros días se han impuesto sobre las “viejas” instituciones políticas y jurídicas. Estas tendencias vulneran la integridad de los Estados nacionales, las categorías de soberanía y representación, así como los sistemas jurídicos nacionales [Flores Olea, 2000: 150]. La función del Estado sigue siendo básica en las decisiones políticas fundamentales. La cuestión de la limitación de la soberanía es relativa y está circunscripta a ciertas esferas que no suprimen las “marcas” fundamentales de la propia soberanía [Flores Olea, 2000: 151].

Liberales y marxistas sobrevuelan sobre una proclamada autonomía estatal, felizmente perdida para algunos, fervientemente anhelada para otros.

2. Una segunda visión se aleja de la mirada policial militar y acentúa las características netamente políticas de la globalización. Para estos el mismo Estado es considerado un agente importante de la globalización ya que más que un fenómeno inexorable de superación del Estado, lo que hay es una estrategia precisa de acumulación del capitalismo financiero, que pretende desarticular un determinado orden social que, en el marco del capitalismo industrial, contrapesaba el poder del capital [Poulantzas, 1979]. Es la visión que enfatiza la **relación dialéctica entre Estado y sociedad**. Lo que está cambiando no es el rol del Estado sino la naturaleza de la intervención estatal. El Estado ha sido el principal actor en la desregulación, que es la condición preliminar de la globalización económica. Ha habido un cambio de poder, no una pérdida de poder. El Estado es un factor fundamental en la internacionalización del capitalismo. El capitalismo global está representada en cada formación social por una fracción específica de la burguesía interior. El capital global es una fracción dentro de la estructura de clases interna, revalorizando la creciente significación del sitio nacional [Poulantzas, 1979].

Esta es la posición de Poulantzas, quien interpreta la acción financiera internacional como esencialmente “asumida” en el interior de los países mediante importantes grupos nacionales que ejecutan los intereses y designios de las corrientes dominantes del orden mundial y donde el principal “gestor” de la globalización se asentaría en los propios Estados nacionales [Flores Olea, 2000: 151]. En esta visión política la globalización no es una amenaza externa al Estado, sino que es el resultado histórico de un particular orden social.

1.a. Centralidad del Estado: los ortodoxos de la globalización

La globalización significa el fin del Estado nacional al ejercer presión “por la eliminación de todas las fronteras asociadas al ámbito político y cultural” [Sachs, 2002: 4]. Si las fronteras económicas se desvanecen de manera progresiva y las arbitrarias fronteras del Estado nación ya no son significativas en términos económicos ¿qué tipo de fronteras tendrían sentido? [Ohmae, 1997: 16].

Dado que los mercados funcionan “estupendamente” por su cuenta, la función tradicional de “intermediación” de los Estados-nación es innecesaria. La capacidad para presentar soluciones mundiales no responde a las fronteras políticas de los países sino a unidades geográficas (los estados-región) que no se definen por la ubicación de sus fronteras políticas, sino porque tienen el tamaño y la escala adecuados para ser verdaderas unidades operativas en la economía mundial. “Las suyas son las fronteras que importan en un mundo sin fronteras” [Ohmae, 1997: 20].

Para muchos observadores, esta erosión de los bloques básicos del mundo político ha sido una fuente de incomodidad y de verdadera angustia. En el pasado podían indicar con certidumbre por dónde pasaban las líneas fronterizas y así definían quiénes eran los nacionales y quiénes no. No importaba que la actividad económica verdaderamente nacional fuese cada vez más insignificante, tampoco importaba que las personas a las que se satisfacía o los intereses que se protegían representasen una fracción crecientemente

pequeña del universo social contenido dentro de las tradicionales fronteras políticas [Ohmae, 1997: 21]. Si todo el mundo sabía en dónde se encontraban las líneas fronterizas, las operaciones podían basarse, con una confortable seguridad, en el conocimiento de quiénes somos “nosotros” y quiénes son “ellos” [Robert Reich, citado por Ohmae, 1997: 22].

El debate público seguirá preso del anticuado idioma de las fronteras políticas pero la realidad diaria emplea un lenguaje diferente, el de una economía en la que cada vez subsisten menos fronteras, el de un mercado verdaderamente mundial [Ohmae, 1997: 22]. Muchos temen una “McDonaldización” o una “Disneyficación” del mundo, una homogeneidad global que no describe acertadamente a la globalización. El mundo se está moviendo hacia un objetivo común, pero ese objetivo no es el predominio de una cultura particular [Norberg, 2004].

En una pasada etapa mercantilista los Estados-nación fueron potentes y eficientes creadores de riqueza. Pero a medida que la lógica de la política electoral estrecha su mortal abrazo sobre las economías, se han ido convirtiendo en “motores ineficaces de distribución de riqueza” [Ohmae, 1997: 27]. El mundo se representa como una zona homogénea, transitable a voluntad por bienes y capital en circulación. Sólo la oferta y la demanda, no las prioridades políticas, deben acelerar o frenar esos flujos u orientarlos en la dirección correcta [Sachs, 2002: 5]. El caso emblemático del colapso de las fronteras lo brindan los mercados financieros que manejan la menos física de todas las mercancías: el dinero.

Esta ortodoxia globalizadora no tiene lugar para el nacionalismo, el control estatal y las diferencias culturales. Acepta la posibilidad de retrocesos en el comercio globalizado, ya que el flujo de capital y de mercancías puede frenarse y las fronteras pueden recuperar su vigor. Esto ya sucedió en el siglo XIX cuando varias décadas de expansión de la libertad económica y de la globalización “fueron reemplazadas por el nacionalismo, la centralización y el cierre de fronteras a comienzos del siglo XX” [Norberg, 2004].

Cualquier tipo de disposición política que establezca diferencias entre el sistema económico de un país y el de los otros son percibidas por los globalizadores simplemente como obstáculos a la libre circulación de los factores de producción. Por eso procuran socavar y paulatinamente eliminar por completo los llamados “contenedores” de los mercados nacionales dispuestos por los Estados [Sachs, 2002: 7]. Es más, se sostiene que los Estados nación sólo pueden mejorar la competitividad internacional mediante una autolimitación de su propia capacidad de intervención [Habermas, 2000: 72-73]. Esto justifica las políticas de “adelgazamiento” del Estado que dañan la cohesión social y someten a una dura prueba la estabilidad democrática de la sociedad. Este cambio reduce tan drásticamente el espacio de acción de los Estados-nación que las posibilidades de acción que les quedan no son suficientes para amortiguar las secuelas no deseadas de los mercados transnacionales.

1.b. Centralidad del Estado: contra la globalización

En noviembre de 1999 se realizaron en Seattle las primeras protestas contra la “globalización”. Las objeciones a la globalización ya venían desde el alzamiento zapatista en México en enero de 1994, que coincidió con la implementación del *North American Free Trade Agreement* (NAFTA). La protesta se dirigía contra la modificación del artículo 27 de la constitución mexicana en relación a los *éjidos*, la pieza central de la reforma agraria mejicana [Hu-Dehart, 2003: 245-246]. En este sentido los campesinos de Chiapas captaron rápidamente las implicancias negativas de la globalización.

Este discurso “clasista” sobre la globalización la presenta como otro capítulo de la historia de colonización etnocéntrica que arrancó cuando Europa sumió al mundo en un régimen “universal” de poder institucional. Si a mediados del siglo XX se buscó que el Tercer Mundo emulara el progreso histórico de Occidente, “desde los '80 se ha transformado esta teoría en la llamada Globalización”² [citado por Rodríguez, 2002].

En la globalización el mercado es un nuevo actor que irrumpe como principio articulador básico y totalizador alrededor del cual giran hasta los propios Estados [Lamarca Lapuente, 2001: 3]. En esta nueva economía mundial, el capital financiero del centro global fluye sin freno a través de los bordes internacionales y las elites locales a cargo de los Estados actúan como intermediarios para facilitar la integración económica global [Hu-Dehart, 2003: 246].

2. SHOHAT, Ella (ed.), *Talking visions. Multicultural feminism in a transnational age*, New Museum of Contemporary Art, New York, 1998, p.48

Ya no se trata del Estado totalizador, sino del mercado que “domina todo” [Lamarca Lapuente, 2001: 3]. Son los poderes económicos los que van adquiriendo una mayor injerencia en las decisiones que afectan a la vida de los seres humanos, mientras que el poder político pierde influencia. Al aumentar el grado de interdependencia de las sociedades “parece que las fronteras geográficas, materiales y espaciales del planeta desaparecen” [Lamarca Lapuente, 2001: 3].

Pero incluso estos autores deben dar cuenta de contradicciones sorprendentes en la globalización: por un lado la maquiladora Han Young en Tijuana, México, manufactura chasis de camiones que son embarcados libres de obligaciones –*duty free*– gracias al NAFTA, a través de la frontera a la planta Hyundai en San Diego, California, con destino final al mercado norteamericano [Hu-Dehart, 2003: 248]. Por otro lado la inmigración es tratada “como una cuestión de orden público y de control policial” [Rodríguez, 2002]. Pasan las mercancías, pero las personas se quedan. Hay un doble movimiento simultáneo de integración y de fragmentación, de apertura y de cierre, que caracteriza al mundo actual [Ainsa, 2001: 23].

El fortalecimiento de las fronteras físicas que intenta equilibrar el debilitamiento de las fronteras políticas evidencia las dificultades que tienen las grandes potencias para escapar de la “trampa de la globalización” que habían advertido Schumann y Martín al afirmar que Estados Unidos “es la última nación a la que le sigue quedando una elevada medida de soberanía nacional. Por eso es posible que al final también sea un gobierno americano el primero en salir de la trampa de la globalización. Hoy ya no hay ningún sitio donde se critique con más dureza el modelo de América, de total sometimiento al mercado, que en los propios Estados Unidos” [Martín, 2002, 268]. Por el contrario, este impulso globalizador limita incluso la capacidad de acción del grupo de Estados que constituían el pelotón de cabeza (G7) y que, al contrario de lo que sucedía con los Estados dependientes del tercer mundo, habían podido mantener una relativa independencia. La globalización económica constituye el principal desafío para el orden político y social surgido en la Europa de posguerra. “Una solución podría consistir en que se impusiera de nuevo la fuerza regulativa de la política sobre los mercados que se sustraen al control de los Estados-nación” [Habermas, 2000: 70].

El discurso que llega a la opinión pública respecto a una “Europa fortificada” que no puede asumir un mayor flujo de inmigrantes [Rodríguez, 2002] muestra más una fortaleza sitiada que un proyecto globalizador que erosiona al Estado nación. En este punto reside la contradicción de las posturas antiglobalizadoras.

2. Crítica a la centralidad del Estado: dialéctica Estado-sociedad

En 1848 Marx escribía: “Mediante la explotación del mercado mundial la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países... ha quitado a la industria su base nacional. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material como a la producción intelectual... La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles” [Marx, 1965: 37].

Además de ensalzar el papel revolucionario de la burguesía, Marx nos indica que la explotación del mercado mundial es una perspectiva inserta en el desarrollo capitalista desde una fecha mucho más antigua de lo que se suele aceptar [Beck, 1998: 45]. El capital no podía más que sentirse atrapado dentro de los estrechos límites trazados por las fronteras nacionales. Con este antecedente el marxismo debería ser la corriente ideológica mejor preparada para entender y reaccionar frente a una globalización que había pasado de ser una teleología teórica a un proceso empíricamente relevante, que presentaba un salto hacia delante en el desarrollo del capitalismo, expandiendo la dialéctica hacia un escalón superior, donde resolvía viejas contradicciones mientras incorporaba otras nuevas.

Pero marxistas (primitivos) y liberales (ortodoxos) ven a la globalización dentro del mismo entorno ideológico³ [Beck, 1998: 45] y sostienen el “mito de la debilidad del Estado”. Una crítica a esta postura “estatista” afirma que es una aproximación centrada en una concepción de Estado, que lo considera separado de la relación entre clases y fuerzas sociales. El argumento globalista de que el capital ya no es controlable por

3. Beck dice textualmente: “las posturas neoliberal y protomarxista se parecen bastante en el fondo”.

el Estado-nación comete el doble error de negar el rol del Estado como facilitador de la globalización (y no su víctima) y también de sobreestimar la (supuesta) antigua capacidad de los Estados nacionales para controlar al capital [Akca, 2001], una capacidad que el Estado nunca tuvo ni pretendió tener si consideramos al Estado como una relación social y no como una estructura inmanente.

Al sostener que el poder se localiza en el sitio global, en el capital organizado globalmente y en las organizaciones supranacionales, la ortodoxia de la globalización socava la importancia del sitio nacional, del Estado y de las clases sociales. En esta versión convencional de la globalización, la línea que separa al mito de la realidad se borra y la globalización se transforma en una “teleología” [Amoore, 1997]. Esta aproximación teleológica a la globalización revela los aspectos ideológicos con que carga esta postura de la ortodoxia globalista, en donde la globalización se usa como una poderosa estrategia política. Sabemos que las construcciones de la historia también están constituidas discursivamente y esta interpretación de la globalización es una más entre otras posibles lecturas alternativas de la historia. Diferentes versiones sobre la globalización tienen diferentes implicancias para la constitución de las subjetividades. Para Leo Panitch hay un error teórico tradicional “de que el Estado y el capital deben ser vistos como dos esferas independientes más que partes de una totalidad» [Panitch, 1996]. Sabemos que la formación del Estado nación ha corrido estrechamente ligada a la historia del capitalismo y del mercado mundial [Toledo Patiño, 2001].

Esto implica que la postura que intenta recuperar el pasado rol del Estado nacional también comete el error de ver a Estado y capital como dos entidades desvinculadas, como si el Estado pudiera recuperar pasados roles apelando solo a su voluntad, desconociendo los cambios estructurales acaecidos. Esta visión invoca la necesidad de movilizarse en el sitio global, desconociendo y menospreciando la política doméstica como un escenario despojado de relevancia y condenado a la impotencia estructural. Poulantzas sostiene que el sitio global no existe de por sí, sino que se estructura a partir del agregado de estructuras específicas de la burguesía interior de determinados países, siendo por lo tanto una fracción más dentro de la estructura de clases interna, que reacciona y responde a intereses y motivaciones de distinto carácter a los de su predecesor histórico, ubicados ambos en el mismo lugar, el sitio nacional [Poulantzas, 1979].

Las fronteras en la globalización

¿La contradicción básica de la globalización consiste en que postula la libre circulación de capitales pero restringe la de personas? Sí, en efecto. El capital circula cada vez más libremente mientras que los Estados se están defendiendo con la multiplicación de barreras contra los seres humanos. Mientras que la movilidad es algo que se exige al trabajador dentro del contexto nacional —se le pide más y más flexibilidad— en el plano internacional se criminaliza la movilidad de esas mismas personas.

La ortodoxia de la globalización ha declarado con apresuramiento la “muerte del territorio” provocada por la globalización cuando en realidad se observa una revalorización tanto del territorio como de la geografía [Boisier, 2003: 5].

La globalización conlleva la amenaza de romper con los lazos de identidad territorial, traspasándolos a un mundo corporativo. En realidad lo que la globalización genera es una dialéctica de la identidad: cuanto mayor es el peligro de una alienación total, mayor es la tendencia de las personas a reforzar la dimensión (territorial) local.

La competitividad parece ser una especie de “karma” moderno para empresas y organizaciones de todo tipo, obligadas a competir ofreciendo su producción en un espacio único —el mercado global— y a competir también en esa misma arena común por capital y por tecnología, incluso por la apropiación de importantes flujos de turismo.

- El territorio es considerado un *actor indirecto de la competitividad* al transformarse en una plataforma sistémica de ella ya que en él se encuentra la malla de soporte en la cual anidan las actividades productivas competitivas, siendo tal malla un sistema de cooperación fabril de eficiencia variable.
- También es considerado un *actor directo de la competitividad* en la medida en que es un espacio contenedor de una cultura propia que se traduce mediante prácticas sociales históricas, en la elaboración de bienes y/o servicios indisolublemente ligados a tal cultura y a partir de los cuales se pueden construir nichos de comercio de elevada competitividad.

Al mismo tiempo que se configura un espacio único, el Estado nación es sometido a fuertes tensiones territoriales que están obligando a los estados nacionales a abandonar algunas funciones propiamente políticas a favor de instancias supranacionales. Al mismo tiempo los mismos Estados abdican de funciones de regulación y fomento a favor de instancias internas del propio aparato del Estado, vía descentralización. Como resultado, los nuevos territorios organizados (ciudades y regiones) se convierten en actores del escenario mundial, al competir por los mismos recursos financieros y tecnológicos.

El Estado nación está atravesando un período de cambio que devalúa las fronteras, en tanto barreras políticas y físicas a la libre circulación de personas, capitales y bienes.

Para Ulrich Beck la globalización ha derrumbado la idea de vivir y actuar en los espacios cerrados y recíprocamente delimitados de los estados nacionales y de sus respectivas sociedades nacionales; por ello la globalización estremece la imagen de espacio homogéneo, cerrado, estanco y nacional-estatal [Beck, 1998].

Los estudios tradicionales sobre fronteras se han centrado en la localización física del límite y en su función protectora de la soberanía del Estado [Bradshaw, 1999: 15]. Estos estudios se han conducido dentro del contexto Estado-nación definido en el tratado de Westfalia en 1648. Desde esta visión del Estado la frontera se ha concebido como el área limítrofe del territorio nacional hasta donde el Estado ejerce su soberanía entendiéndose la frontera como la expresión o manifestación del límite de la territorialidad del Estado.

Pero las fronteras ya no pueden ser concebidas como fortalezas, a pesar de la neurótica vigilancia que ejercen sobre ellas las fuerzas armadas de cada país [Habermas, 2000: 92]. En la política comercial exterior las fronteras funcionan más bien como esclusas que son utilizadas desde “dentro” para regular las corrientes, esclusas que dejan afluir las corrientes deseadas y permiten también contener las no deseadas. Pero el problema de las fronteras no es con los flujos comerciales sino con los flujos poblacionales y sus nuevos parámetros de identidad.

La soberanía y el monopolio de la violencia todavía residen en manos del Estado, la política nacional es todavía territorial, dentro de las fronteras del territorio de un Estado. Pero la interdependencia de la sociedad mundial cuestiona la premisa de que “la política nacional pueda coincidir con el destino real de la sociedad nacional” [Habermas, 2000: 95]. Ya no existe la antigua coincidencia entre Estado nacional y sociedad nacional, la política ha variado su concepto espacial, se ha independizado del territorio. Si tradicionalmente coincidían espacio, territorio, mercado y frontera ahora vemos que espacio y territorio se han “dislocado”. Es comprensible que la frontera quede en discusión, es evidente que no puede circunscribir el espacio, que se ha mundializado. Pero ¿sigue siendo el marco de contención del territorio?

La teoría política no debería tentarse con la trampa territorial. “El Estado territorial ha sido prioritario para y ha contenido a la sociedad sólo bajo unas condiciones específicas. Más allá de los Estados nacionales se forman otras fronteras que tienen para la nación “casi tanta importancia como las fronteras del propio territorio” [Habermas, 2000: 95].

La imagen de señor territorial al que se le escapa de las manos el control de sus fronteras expresa estrategias retóricas contrapuestas. Una retórica defensiva acepta la función de protección derivada del monopolio de la violencia que tiene el Estado para mantener la ley y el orden en su territorio y garantizar seguridad a los ciudadanos. Frente al “oleaje” sin control que irrumpe desde afuera, esta postura afirma la voluntad política de cierre de las esclusas, un intento de recuperar su antigua fuerza mediante una “política de atrincheramiento”. Esta retórica defensiva y agresiva apuesta por los rasgos más represivos de la fuerza soberana del Estado. En cambio la pasión libertaria saluda la apertura de las fronteras como una forma de libertad frente a las regulaciones estatales [Habermas, 2000: 108] que orienta los cambios hacia una fragmentación del territorio o territorialización en el que los componentes del Estado parecieran recobrar su importancia y vigencia.

Las teorías posmodernistas enfatizan una concepción dual de la territorialidad del Estado moderno. Por un lado, los cambios contemporáneos conducen a un proceso de des-territorialización en el cual las fronteras tienden a derrumbarse, en tanto los componentes básicos del Estado como la soberanía, la territorialidad y el poder pierden vigencia. Esta discusión se enmarca en la tesis del fin del Estado nación surgida a

partir del análisis de Fukuyama. Por otro lado, estos cambios se orientan hacia una fragmentación del territorio o territorialización y en el que los componentes del Estado parecieran recobrar su importancia y vigencia.

Capital y espacio

En esta cambiante significación de la frontera el rol de barrera y preventor de comunicación es sustituido por el de espacios abiertos. La dinámica espacial capitalista prevé una estrecha relación entre capital y espacio donde éste es la expresión directa de la interacción entre los medios de circulación y los factores de producción. En una fase de internacionalización del capital el resultado es la homogeneización espacial [Bradshaw, 1999: 17].

La expansión del capital más allá de los límites territoriales en el marco de los procesos de integración, enfrenta al Estado-nación a la contradicción de seguir afirmando las condiciones de su existencia o abrirse a la internacionalización, resguardando al mismo tiempo la soberanía existente. Sin embargo, mientras la economía mundial se moviliza hacia la homogeneización, algunas áreas fronterizas están en permanente conflicto [Bradshaw, 1999: 17]. El resurgir nacionalista, que se caracteriza más por separar que por compartir espacios, provoca una creciente diferenciación del espacio, surgiendo nuevos Estados y nuevas fronteras. Esto significa que no hay una concordancia precisa entre Estado y nación. Las relaciones entre poder e identidad en las fronteras, y entre las fronteras y sus estados respectivos, son problemáticas precisamente porque el Estado no puede siempre controlar las estructuras políticas que establece en sus extremidades. Las fuerzas de la política y la cultura, posiblemente influenciadas por fuerzas internacionales de otros estados, le dan a las fronteras configuraciones políticas específicas que hacen que las relaciones con sus gobiernos sean extremadamente conflictivas. Más aun cuando se plantea el caso de que el régimen de las fronteras culturales compita con el de las fronteras estatales [Grimson, 2001: 93].

El Estado nacional, presionado entre la soberanía y la internacionalización, se adapta preservando sus funciones territoriales a diferentes escalas. La primera, funcionando como *'container de poder'* (*frontera migratoria*), tiende a preservar las fronteras existentes. En la segunda, el Estado actúa como *'container de riqueza'* (*frontera arancelaria*) y tiende a la integración de grandes territorios. En la tercera, el Estado actúa como *'container cultural'* (*frontera identitaria*)⁴ a escala local, creando pequeños territorios [Bradshaw, 1999: 18]. Las fronteras persisten en la globalización, pero con funciones diversas debido a los procesos de integración económica. La frontera tradicional de muros y barreras erigidas para bloquear o restringir los movimientos de bienes y personas a fin de preservar la seguridad, la economía y la integridad cultural del Estado debe convivir con nuevos tipos de fronteras que expresan por un lado la acelerada internacionalización del capital y por otro peculiares entramados socioculturales [Grimson, 2001: 91]. Estos distintos tipos de fronteras no se establecen en forma separada sino paralela e incluso conflictiva. Los agentes de mercado que participan de las fronteras económicas ampliadas exigen la reducción de las fronteras migratorias. Los países que firmaron el acuerdo de Schengen de 1985 para tener fronteras abiertas están apelando a los miembros de la UE con "fronteras externas" para que las vigilen con mayor rigor [Giddens, 1999: 160-161].

El container de poder. Las fronteras migratorias

Está claro que las restricciones sobre la libre circulación de personas contradicen el espíritu de la globalización. Las fronteras frenaban todo –dinero, bienes, personas-, pero hoy día paran más a las personas. La situación de México-Estados Unidos es el mejor ejemplo de esa paradoja: dos países unidos en un tratado de libre comercio están separados por una frontera militarizada.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos establece que "toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso el propio, y a regresar a su país" (artículo 13-2). Es cierto que la mayoría de las personas son libres de salir de su país pero solo una minoría tiene derecho a entrar en otro país [Pécoud, 2005: 2]. Siendo moralmente asimétricas [Walzer, 1983: 40], la emigración se reconoce como un derecho humano y la inmigración cae en la órbita de la soberanía nacional. Los ciudadanos de los países desarrollados pueden viajar y asentarse en cualquier lugar del mundo en tanto que los viajeros de los países menos desarrollados

4. Los términos frontera migratoria, frontera arancelaria y frontera identitaria pertenecen a Alejandro Grimson, 2001.

dependen de la dudosa expedición de visas y permisos de residencia para migrar. En el contexto del NAFTA se ha concedido a los trabajadores calificados el derecho de trasladarse, mientras que a los trabajadores mexicanos no calificados han quedado fuera de esos acuerdos.

El control de la inmigración se ha convertido en un importante ámbito normativo y se ejerce mediante una creciente fortificación de las fronteras de los países occidentales donde los gobiernos incluso establecen controles internos para detectar a los migrantes indocumentados en su territorio. Los Estados receptores cooperan con los de salida y de tránsito, incitándolos a detener el flujo saliente de migrantes indocumentados y a controlar mejor sus fronteras. Países como México o Marruecos se convierten así en zonas-tapón para contener la migración de la América Latina y del África subsahariana, repitiendo el concepto subyacente en las leyes del esclavo fugitivo de la Constitución norteamericana.

Se estima que por lo menos un migrante muere por día en la frontera Estados Unidos-México, principalmente a causa de hipotermia, deshidratación, insolación y ahogo. Según una declaración del secretario de Naciones Unidas en 2002, entre 1997 y 2000 murieron más de tres mil migrantes en su mayor parte al intentar cruzar el Estrecho de Gibraltar [Pécoud, 2005: 6].

Pero no debe exagerarse la dificultad de los Estados para controlar las fronteras. Históricamente el pleno control nunca ha sido la norma. Se dice que las fronteras abiertas eran una realidad en el siglo XIX. Aunque ese *laissez-faire* no haya sido tan amplio, revela que los Estados han adquirido la capacidad y la legitimidad de controlar la circulación de personas de manera gradual y hoy están más capacitados que antes para controlar la migración. Sus dificultades para ejercer control radica en el mito de una soberanía perfecta que no existió. Tampoco hay que olvidar que el control de fronteras es más una cuestión de símbolos y de políticas que de resultados reales. Los gobiernos necesitan comunicar a sus ciudadanos que controlan la puerta de entrada. A este respecto los controles de fronteras son políticas que generan efectos visibles pero dan escasos resultados y permiten a los gobiernos elaborar una retórica procontrol mientras regulan cíclicamente el acceso a la mano de obra extranjera.

El muro como frontera

Sabemos que hay distintos tipos de fronteras, algunas solo figuran en mapas y otras tienen muros de acero, en algunas la noción de nacionalidad es difusa y en otras constituye la categoría central de identificación.

La historia ha conocido desde antiguo al muro como concreción física de una frontera. Desde la muralla china, pasando por el muro de Adriano y concluyendo en el Muro de Berlín, sin olvidar los muros de Belfast, el fin de la Guerra Fría parecía augurar el fin de las divisiones físicas y el advenimiento de “un mundo sin fronteras”.

Muy por el contrario estamos viviendo un momento histórico en que la delimitación de las fronteras se están realizando de manera física y material. El control fáctico está tomando forma a través de futuras leyes que posiblemente recortarán cada vez más la entrada de inmigrantes regulares. “Los muros simbólicos están dejando paso a las murallas físicas en esta configuración de la Europa fortaleza que no sólo es un problema de los que deja fuera de ella sino para los que encierra dentro” [Rodríguez, 2002].

La crisis del Estado se expresa en términos de protección social pero los sistemas de control y represión tienden a reforzarse sobre aquellos cuya identidad está siendo transformada por la globalización. Mientras el Estado continúa teniendo un rol dominante como árbitro del control, la violencia, el orden y la organización las fronteras tradicionales se sienten incómodas en un escenario múltiple de soberanía nacional, internacionalización del capital e intercambios culturales transnacionales. La combinación de un Estado que cuenta con herramientas formalmente poderosas, delimitado por fronteras conceptualmente móviles en un entorno cambiante, lo inclinan a la adopción de respuestas de fortaleza sitiada, construyendo muros que son “un reconocimiento de lo inadecuado del sistema” [Nett, 1971: 224].

Aristóteles dijo que una muralla no constituye una polis. Si una muralla no construye una nación ¿ayuda a defender su identidad? ¿Qué sentido tiene construir un muro para que funcione como frontera? En realidad debemos afirmar que si no ayuda a crearla tampoco ayuda a sostenerla. Ayuda a defenderse de ataques o

contactos físicos, pero no colabora para abonar el sentido de pertenencia a una misma comunidad política porque el orden social está más amenazado internamente que externamente.

Dialécticas de la globalización

1. **Dialéctica local-global:** se afirma que el territorio forma parte de esta dialéctica a la que Boisier llama la dialéctica entre la agregación y la segmentación territorial.

- Por un lado el concepto de territorio se amplía a un “espacio único” mundial sobre el que se extiende sin solución de continuidad la competitividad empresaria que, merced a la fase tecnológica del capitalismo actual, alcanza una dimensión holística, ignorando los territorios en su carácter de estructurantes de la “localidad”.
- Sin embargo, y al mismo tiempo, ese carácter sistémico de la competitividad implica una revalorización del territorio como nunca antes porque la empresa en red localiza los componentes de su proceso fabril con extremo cuidado, valorizando y haciendo análisis de ventajas comparativas de diferentes lugares.

Si el territorio económico se amplía a la geografía mundial y la localidad se revaloriza por la importancia de las ventajas comparativas, nos encontramos en una superficie lisa y homogénea con diversidades funcionales dentro de una misma y única cadena productiva. Es un todo sin partes que no forja una dialéctica local-global.

Hay una segunda descripción de la dialéctica local-global, inversa a la anterior:

- La enorme mayoría de la población del planeta ve transcurrir su vida o gran parte de ella en un reducido entorno territorial de forma que el individuo está en el territorio tanto como el territorio está en el individuo.

La percepción del territorio es cercana, no hay acercamiento a la globalidad. Son partes sin un todo, no hay ingredientes suficientes como para estructurar una dialéctica.

Pero hay una tercera descripción de la relación del territorio con lo global y local:

- La economía transnacional crea regulaciones y necesidades que se imponen sobre el territorio nacional, presionándolo para incorporarse a una percepción territorial de alcance mundial, superior y externa. En esta percepción el Estado nación no tiene sentido, la soberanía nacional cede atributos y las fronteras caen.
- Las pertenencias locales se refuerzan al percibirse amenazadas por la presión global. Se fortalecen las identidades y pertenencias a unidades territoriales más pequeñas, más débiles y más legítimas. Es el renacer nacionalista, que fortalece las fronteras, la soberanía y el poder del Estado.

Las localidades se enfrentan a la globalización, hay una dialéctica global-local contradictoria, de oposiciones irreconciliables, una dialéctica negativa que no se resuelve.

En último lugar puede haber una relación más compleja:

- El capital global se traslada y moviliza sin anclajes territoriales estables, en base a las diversidades funcionales propias de la producción (ventajas comparativas) y del consumo (nichos de mercado). Exige, desde un lugar presuntamente externo, la adopción de determinadas políticas nacionales que permeabilicen las fronteras (económicas y políticas).
- Los sectores más dinámicos de las burguesías nacionales, que forman parte del capital global, estructuran un orden social interno enraizado en él, aunque no participan en la elaboración de las reglas ni controlen su implementación.
- Los sectores sociales internos que no participan del capital global (las clases empobrecidas) rechazan activa y organizadamente el orden derivado de la globalización (flexibilización laboral, ajustes fiscales, privatizaciones).

En esta dialéctica la globalización inaugura un orden muy inestable que traslada las crisis del orden global al local. Los grupos nacionales se transforman en actores con posibilidades de re-accionar a la globalización y cargan la agenda política interna de consignas “nacionales”. Los sectores económicos globalizados adaptan la política interna a un juego donde el exterior cuenta para la reproducción económica, y el interior cuenta para la sobrevivencia política.

2. Dialéctica territorio– espacio: La globalización somete al Estado a fuertes presiones. El Estado responde transfiriendo funciones a instancias supranacionales (integración) e infranacionales (ciudades y regiones interiores). Pero el concepto tradicional de territorio no parece ser afectado en esta instancia. Los autores toman el concepto de territorialidad no como un poder aplicado a un territorio (físico) sino como una función relacionada con un espacio (virtual). De esta manera el Estado responde a las presiones de la globalización cediendo espacios de poder con vinculación territorial sin ceder poder sobre el territorio.

Al interior y exterior del territorio nacional puede tolerarse todo tipo de nuevas configuraciones territoriales (territorio entendido como espacio) pero no en la frontera (territorio entendido como límite del poder). Se acepta el mundo como un único “territorio” (economía mundial) y se acepta la presencia de “territorios” más pequeños en el interior de los países (descentralización), pero no se aceptan disputas sobre el territorio tradicional. Como nunca antes, parece que el poder se juega en el borde, lo que fortalece el rol de las fronteras.

El espacio puede extenderse virtualmente, desplegando *capacidades funcionales*, pero el territorio solo puede extenderse mediante una apropiación física, ejerciendo *poder* sobre él. ¿Cuál es la relación entre territorio y espacio?; ¿por qué los países centrales se sienten amenazados en sus fronteras?; cuando el espacio se amplía, ¿el territorio lo debe seguir acompañando?

Los migrantes mexicanos no cargan el territorio en sus espaldas ni pretenden transformar Los Angeles en un nuevo México; el territorio quedó en la frontera y no se expandirá. Sí llevan en sus espaldas el “espacio”, la concepción del lugar ocupado, la idea de que estén donde estén tienen derechos e identidad, la construcción invertida del “otro” como enemigo, la politización de la cultura. El problema es el aporte que esa nueva concepción espacial hace a una idea todavía confusa de nación. Una idea que no tiene un Estado territorial anhelado ni rechazado, un limbo de pertenencia, que se siente perteneciente sólo a sí mismo.

3. Dialéctica nación-Estado: Grimson afirma que es productivo estudiar el tema de las fronteras “como constitutivo del problema ‘identidades’, es decir de los movimientos históricos que estaban implicados en ellas” [Grimson, 2001: 90].

La frontera es constitutiva de identidad. Pérez Agote reflexiona sobre la relación estrecha entre sentimiento y territorio [Pérez Agote, 1995: 116-117]. Puede haber casos en los que en un “territorio más pequeño que el estatal se dé un sentimiento de pertenencia excluyente del sentimiento de dimensión estatal”. En ese caso no hay congruencia entre la nación y el Estado y en consecuencia hay una disonancia entre la frontera y el territorio (nacional) delimitado. En el estado nacional se produce un sentimiento de pertenencia y legitimidad a una entidad en la que son congruentes el territorio y la comunidad, ambos delimitados por la frontera. Si aparecen sentimientos de pertenencia a unidades territoriales más pequeñas la frontera se encuentra sometida a presiones hacia su revocación en manos de una nueva frontera que incluya una nueva comunidad (nacional). De este modo el concepto de frontera, cambiando, se reconfirma a sí mismo.

El término comunidad se refiere a “demarcación territorial, o todo lo más, a unidad política” [Pérez Agote, 1995: 117]. Comunidad y territorio son una unidad indisoluble que, en caso de tener disonancias, dan nacimiento al problema de la “difícil convivencia entre Estados y naciones”.

Si Anderson sostiene que la nación es una comunidad política imaginada, una entidad “creada” porque es “creída”, el problema de las fronteras y la migración masiva implica un corrimiento de la nación, una difusión de la comunidad, una redefinición. No es una desterritorialización, sino una forma distinta de definir la territorialidad. La globalización amplía el “territorio”, no lo desaparece.

La frontera siempre es una zona de politicidad diluida, alejamiento del centro territorial de poder, baja intensidad en la identificación, un lugar donde el estado propio y ajeno tienen escasa penetración. La frontera es una zona de tránsito, permeable, con poca capacidad identitaria, donde la vinculación entre territorio (aspecto objetivo) y pertenencia (aspecto subjetivo) tiende a debilitarse.

Los migrantes son portadores de una fuerte identidad (factor subjetivo) frente a una débil penetración política fronteriza en el territorio receptor (factor objetivo). Los ejemplos de la Unión Europea (Ceuta-Melilla)-África y Estados Unidos-México nos muestran a países fuertes con fronteras débiles frente a países débiles con migraciones masivas. Una frontera débil es reemplazada por muros. Una frontera es fuerte cuando el factor subjetivo la acepta como tal y se somete.

4. Dialéctica mercado–Estado: Bradshaw dice que las fronteras varían en su función debido a la integración económica [Bradshaw, 1999: 18]. La integración económica crea nuevos espacios económicos pero la ampliación del “espacio” económico no es sinónimo de la modificación del territorio y de las fronteras. La confusión puede derivar de que se conceptúa al Estado nación y sus fronteras como delimitadoras de un mercado (nacional). Si ese mercado se ha extrapolado más allá de la frontera los autores tienden a sostener que el territorio y su frontera han sido sobrepasados, consagrando una versión liberal del Estado (Estado = mercado) que es contradictoria consigo misma. El Estado, aunque inicialmente fue concebido para ‘encerrar’ un mercado, es algo más. El mercado puede expandirse, el Estado puede permanecer (territorialmente) como está, y sus fronteras políticas seguirán teniendo pleno sentido en ese estricto terreno de aplicación del concepto, como frontera política de una comunidad nacional de pertenencia. Liberales y marxistas coinciden en que el Estado nacional es un *corsé* para el capital, pero de ahí no puede deducirse que el Estado debe seguir al capital donde sea que vaya, como si tal *corsé* debiera ajustarse constantemente.

Que la globalización económica sea una expansión del capitalismo no implica una concomitante ampliación del territorio. Cuando el capital se trasladaba físicamente el capitalismo inglés expandió su territorio colonizando territorialmente determinadas zonas. El actual componente tecnológico del capital lo vuelve “no territorial”, la expansión capitalista ya no necesita una transportación física del capital ni necesita ejercer un dominio territorial. En los casos en que el capital se traslada junto con una penetración territorial y la expansión de la frontera es porque hay una disputa política sobre el alcance de la expansión (Irak). En este sentido el capital actual cumple con mayor exactitud la definición tradicional de Marx, cuando afirmaba que no es una cosa sino una “relación”, no anclada en espacios físicos nacionales.

Las características de la frontera no dependen del grado o nivel de integración económica presentes en el límite. Entre USA y México está el NAFTA, con un alto grado de integración económica a través de una frontera que los divide más que nunca (infructuosamente). La integración económica no conduce a (ni es lo mismo que) la integración política, no logra crear el sentimiento de pertenencia a una misma comunidad.

5. Dialéctica capital – trabajo: Se plantean tres escenarios:

1. los *defensores de la globalización* hablan del fin del Estado, el fin de la frontera, el fin de los muros y rejas. Sostienen que la globalización trae libertad y “la gente no consentirá en quedar nuevamente encerrada por muros y rejas” [Norberg, 2004]. No pueden explicar por qué las fronteras se vuelven más fuertes y los muros se multiplican, al mismo tiempo que la globalización se incrementa y se estabiliza como estructura de acumulación económica “normal”.
2. los *autores anti-globalización* reclaman por un retorno del Estado, al mismo tiempo que exigen la apertura de las fronteras para las personas y un retorno de la centralidad estatal en el comercio internacional. Para ellos la frontera se convierte en un ámbito de intercambio cultural y mestizaje.
3. Una tercera postura expresa la contradicción dialéctica propia de la globalización: entre expansión capitalista (globalización económica) y centralización política (orden uni-multipolar⁵). Es necesario explicar la combinación de una unificación de los centros de poder mundial (USA) con una “aparente” descentralización de la economía capitalista (Tríada).

Esto significa que la expansión económica implica derribar fronteras, avasallar los Estados nacionales e impulsar reformas legales. En la crisis entre sociedad y Estado es importante el rol creciente de la economía que aparece como un sector de la sociedad (lo económico) que funciona separado del Estado, sin sus leyes (que son las del mercado). Si se considera la movilidad de mano de obra como un *proceso económico*,

5. La afirmación de un orden uni-multipolar corresponde a Samuel Huntington en “The lonely superpower”, *Foreign Affairs*, marzo/abril, 1999.

que se mueve en busca de mercado (de trabajo) el Estado no tendría jurisdicción sobre ella ya que pertenecería a un ámbito que se rige por sus propias leyes (de mercado). ¿Por qué se politiza la movilidad laboral? Porque se mueve en un espacio no estatal, global. Y atenta contra la soberanía que *todavía* reside en el Estado nacional.

Pero como esa expansión intenta ser monitoreada por unas pocas economías nacionales (que además compiten entre sí), el mismo movimiento que abre puertas y “promete” desarrollo, despierta procesos sociales que saltan de un previsible ámbito local a un impensado escenario “mundial”. El Estado nacional que impulsa levantar las barreras al comercio, necesita reforzar las barreras a las corrientes migratorias. Así sucede en toda Europa y en USA, donde se dan los dos procesos de integración económica más fuerte (UE y NAFTA) y donde las fronteras se militarizan con más intensidad.

Si la globalización es un proceso “real” y no un simple instrumento ideológico, tiende a estandarizar los protagonistas del proceso y “democratiza” los resultados. Por un lado el fortalecimiento de las fronteras implica una defensa de los centros de poder respecto a las consecuencias no deseadas de la globalización que ellos mismos impulsan. Por otro lado el vuelco a las fronteras es el reclamo de la periferia respecto a las promesas que la globalización ofrece y no cumple. Cara a cara frente a la verja o el muro, el Estado nacional y los ciudadanos se encuentran reclamándose mutuamente por las consecuencias de un mismo proceso.

La dialéctica capital-trabajo en la globalización se encuentra en un momento de subsunción formal del trabajo al capital, donde la mano de obra correspondiente a la expansión del capital no se ha encontrado con el trabajador globalizado, con capacidad de moverse a través de las fronteras nacionales en una superficie mundial lisa y uniforme. Si el capital se ha liberado del corsé del Estado nacional, el trabajo todavía sigue “encerrado” en las fronteras del propio país. En este escenario la presión sobre las fronteras continuará hasta que la subsunción del trabajo al capital sea real.

Conclusiones

Según se deduce de las 5 dialécticas mencionadas, la globalización implica una revalorización contradictoria de las fronteras, donde unas partes avanzan y otros permanecen. Los gobiernos son nacionales y la economía es mundial, los países fuertes se sienten débiles y las poblaciones migrantes parecen amenazantes.

Que la frontera deba erigirse cada vez más frecuentemente en forma de muros, expresa un esfuerzo inútil por contener la mano de obra (y la crisis social) y mantenerla “afuera”. La globalización, pensada como ariete ideológico que permite la expansión del capital, fomenta también la expansión del trabajo; la frontera se abre (al capital y al comercio) y se cierra (a la mano de obra).

El sitio nacional es importante en la constitución del capital global (1° dialéctica), en la constitución del territorio -aunque no del espacio- (2° dialéctica), se fragmenta a causa de movimientos nacionales (3° dialéctica), redefine su soberanía frente a la expansión capitalista (4° dialéctica) y tabica la penetración de mano de obra (5° dialéctica).

Sabemos que la frontera de este sitio nacional tiene dos concepciones. Entendida como demarcación física de un territorio se encuentra exacerbada. Entendida como demarcación conceptual de una comunidad política está jaqueada. La frontera en la globalización expresa el desarrollo desigual típico del capitalismo: expansión económica y concentración política, cada una re-actuando contra la otra. Al intentar recuperar soberanía sobre la frontera a fin de beneficiarse de la expansión económica, los Estados centrales se encuentran con menos capacidad para ejercer su soberanía en términos de adhesión subjetiva y crecimiento del sentido de pertenencia. Al traspasar la frontera para aprovechar las ventajas que la globalización promete, las poblaciones migrantes cuentan con una mayor capacidad de penetración territorial para politizar su cultura y construir un enemigo.

Bibliografía

- AINSA, Fernando; 2001, *El destino de la utopía latinoamericana como interculturalidad y mestizaje*, Revista Universum, Nº 16, Universidad de Talca, Chile.
- AKCA, Ismet; 2001, *Globalización, Estado y trabajo*, Globalización, Revista Mensual de Economía, Sociedad y Estado, ISSN 1605-5519. www.rcci.net/globalizacion/2003/fg350.htm
- ALFIERI, Carlos; 2006, *Ulrich Beck: 'mi cosmopolitismo es realista, autocrítico, incluso escéptico'*, entrevista a Ulrich Beck, Revista de Occidente Nº 296, Madrid, enero.
- AMOORE, L., Dogson, R., Gills, B.K., Langley, P., Marshall D & Watson, I., 1997, *Overturing globalisation: resisting the teleological, reclaiming the political*, New Political Economy, 2/1.
- ANDERSON, Benedict; 1993, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- BARON, Ana; 2006a, *Bush anunció el envío de 6.000 soldados a la frontera con México*, Clarín, 16 de mayo, en www.servicios.clarin.com/notas/jsp/clarin/v8/notas/imprimir.jsp?pagid=1196435
- BARON, Ana; 2006b, *Estados Unidos: Crecen los grupos racistas y los hispanos son el nuevo blanco*, Clarín, 22 de mayo, pág. 14.
- BECK, Ulrich; 1998, *¿Qué es la globalización?*, Editorial Paidós, Madrid.
- BECK, Ulrich; 1999, *La invención de lo político*, Fondo de Cultura Económica, México.
- BECK, Ulrich; 2000, *La democracia y sus enemigos. Textos escogidos*, Editorial Paidós, Barcelona.
- BOBBIO, Norberto; 1992, *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, Colombia.
- BOISIER, Sergio; 2003, *Globalización, geografía política y fronteras*, Anales de Geografía de la Universidad Complutense, Nº 23, págs. 21-39.
- BORON, Atilio; 2002, *Imperio & Imperialismo*, Ediciones Clacso, Buenos Aires.
- BRADSHAW, Roy y LINAREZ DE GOMEZ, Rosalba; 1999, *Fronteras: una visión teórica en el período contemporáneo*, Aldea Mundo Año 4, Nº 7, Mayo-octubre, págs. 14-19.
- CARDOSO, Oscar Raúl; 2006, *Entre el autoritarismo y el control social extremo*, Clarín, 16 de mayo, en www.servicios.clarin.com/notas/jsp/clarin/v8/notas/imprimir.jsp?pagid=1196436
- CLARÍN.COM; 2006, *Más de 30 inmigrantes africanos murieron al intentar llegar a las Canarias*, Clarín, 2 de abril, en www.servicios.clarin.com/notas/jsp/v7/notas/imprimir.jsp?pagid=1169945
- DONNELLY, Thomas; 2003, *The Presence of U.S. Forces in Europe*, American Enterprise Institute for Public Policy Research, en www.aei.org
- DUSSEL, Enrique; 2002, *Estado de guerra permanente y razón cínica*, Presentación realizada en la Universidad Autónoma de México-Iztapalapa, publicada en la revista Herramienta, Buenos Aires. Disponible en: www.herramienta.com.ar/modules.php?op=modload&name=News&file=article&sid=13
- FALCOFF, Mark; 2003, *Mexico at an Impasse*, American Enterprise Institute for Public Policy Research, en www.aei.org
- FLORES OLEA, Víctor y MARIÑA FLORES, Abelardo; 2000, *Crítica de la globalidad. Dominación y liberación en nuestro tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- FORSTER, Ricardo; 2006, *La frontera*, Revista Veintitrés, Buenos Aires, 9 de marzo, pág. 48-49.
- GIDDENS, Anthony; 1999, *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Taurus Pensamiento, Madrid.
- GRIMSON, Alejandro; 2001, *Fronteras, estados e identificaciones en el Cono Sur*, en *Estudios Latinoamericanos sobre Cultura y Transformaciones Sociales en tiempos de globalización – 2*, Daniel Mato (comp.), UNESCO y CLACSO, Caracas y Buenos Aires.
- HABERMAS, Jürgen; 2000, *La constelación posnacional*, Editorial Paidós, Caps. 3 y 4, págs. 59-146.
- HABERMAS, Jürgen; 2002, *Teoría y Praxis. Estudios de Filosofía Social*, Editorial Tecnos, Madrid, págs. 49-86.
- HELD, David; 1997, *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, Editorial Paidós, Barcelona.
- HU-DEHART, Evelyn; 2003, *Globalization and its discontents*, Frontiers, A Journal of Womens Studies, University of Nebraska Press, Vol. 24, Nº 2 y 3.
- LAMARCA LAPUENTE, Chusa; 2001, *Ella para él, él para el Estado y los tres para el mercado: globalización y género*, Jornadas Feministas Córdoba 2000. Feminismo es... y será. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, en: http://www.creatividadfeminista.org/articulos/2004/desa04_globaliz_genero.htm
- LEVINAS, Emmanuel; 1987, *Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Ediciones Sígueme, Salamanca.

- LOCKE, John; 1990, *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil. Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del gobierno civil*, Alianza Editorial, Madrid.
- MARAVALL, José Antonio; 1972, *Estado moderno y mentalidad social (siglos XV a XVII)*, Revista de Occidente, Madrid.
- MARTIN Hans Peter & SCHUMANN, Harald; 2002, *La trampa de la globalización*, Taurus, Madrid.
- MARX, Carlos; 1965, *Manifiesto del Partido Comunista*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing, China.
- MCGREW, Andrew; 1997, *Globalization and territorial democracy*, en A. McGrew (comp.), *The transformation of democracy*, Cambridge.
- NEGRI, Antonio & HARDT, Michael; 2001, *Imperio*, Harvard University Press.
- NEWHOUSE, John; 1997, *Europe's rising regionalism*, Foreign Affairs, Volume 76, N° 1, enero-febrero.
- NORBERG, Johan; 2004, *Three Cheers for Global Capitalism*, The American Enterprise Online, en www.taemag.com/issues/articleID.18013/article_detail.asp
- OHMAE, Kenichi; 1997, *El fin del estado-nación*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.
- ORTEGA, Andrés; 2006, *Una mirada: Los muros de la globalización*, Foreign Policy, N° 13 en http://www.fp-es.org/feb_mar_2006/story_13_1.asp
- PAJUELO TEVES, Ramón; 2003, *Fronteras, representaciones y movimientos étnicos en los países centroandinos en tiempos de globalización*, en MATO, Daniel (coord.), *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*, Caracas, FACE-UCV, 283-302.
- PANITCH, Leo; 1996, *Rethinking the role of the state*, en Globalization: critical reflections, Lynne Rienner Publishers, Mittelman, J.H. (ed.).
- PÉCOUD, Antoine y DE GUCHTENEIRE, Paul; 2005, *Migración sin fronteras: una investigación sobre la libre circulación de personas*, UNESCO.
- PEREZ AGOTE, Alfonso; 1995, *Nación y nacionalismo*, en BENEDICTO, J. y MORAN, M. L. (eds.), *Sociedad y política*, Madrid, Alianza.
- POULANTZAS, Nicos; 1979, *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Siglo XXI Editores, Méjico.
- RAMOS, Ramón; 1995, *La formación histórica del Estado nacional*, en BENEDICTO, J. y MORAN, M. L. (eds.), *Sociedad y política*, Madrid, Alianza.
- RESTIVO, Néstor; 2006, *Los muros de la globalización ya dividen a veintisiete países*, Diario Clarín, Buenos Aires, 9 de abril, pág. 28.
- RODRÍGUEZ, Estela; 2002, *Venir a la Europa fortificada. Reflexiones en torno a la identidad europea para las comunidades inmigradas*, Universidad de Barcelona, Barcelona.
- SACHS, Wolfgang; 2002, *Globalización y sustentabilidad*, Heinrich Böll Foundation, Papers N° 6.
- SARTORI, Giovanni; 1987, *La Política. Lógica y método en las ciencias sociales*, Cap. VII *¿Qué es la política?*, Fondo de Cultura Económica, México, págs. 201-224.
- SCHMITT, Carl; 1984, *Concepto de la política*, Editorial Struhart & Cía., Buenos Aires.
- SMITH, Anthony D.; 1997, *La identidad nacional*, Trama Editorial, Madrid.
- THEIL, Stephen; 2006, *The end of tolerance; farewell, multiculturalism. A cartoon backflash is pushing Europe to insist upon its values*, Newsweek International Edition, Marzo.
- UZIN OLLEROS, Angelina; 2002, *El poder y la política*, Revista Topía, en www.topia.com.ar/articulos/36-olleros.htm, noviembre.
- VALEMBOIS, Víctor; 2001, *¿Más policía o más ciudadanía?*, tiquicia.com, Costa Rica en Internet, en <http://www.tiquicia.cc/columnas/cosmo-polita/010q11001.asp>
- VAN DE VELDE, Martín & MARCINCZAK, Szymon; 2005, *From Iron Curtain to Paper Wall: The influence of border-regimes on regional economies and societies*, Radboud University Nijmegen, Holanda, Working Paper Series 2005/5, octubre.
- VIDAL JIMÉNEZ, Rafael; 2004, *El «otro» como enemigo. Identidad y reacción en la nueva «cultura global del miedo»*, *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, número 9. En: <http://www.ucm.es/info/nomadas/9/rvidal.htm>
- WEBER, Max; 1977, *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- WOLIN, Sheldon S.; 1960, *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento occidental*, Cap. 3: *La era del imperio: espacio y comunidad*, Buenos Aires, Amorrortu, págs. 79-105.

Anexo 1. Mapa de la cuestión

Mauritania, la nueva puerta al paraíso
José Daniel Fierro – Rebelión

Desde hace unos meses, Mauritania está tomando el triste protagonismo de ser el país elegido para viajar de Africa a Europa de manera clandestina. Las costas canarias son el objetivo pero el mar se está cobrando en vidas los sueños y esperanzas de muchos de estos emigrantes.

Ahmedu Uld Haye, representante de la Media Luna Roja Mauritania, informaba que en los últimos 6 meses, entre 1.200 y 1.300 personas habrían perdido la vida en el trayecto entre las costas de este país y Canarias.

Estados Unidos: crecen los grupos racistas y los hispanos son el nuevo blanco
Ana Barón

“El número de grupos supremacistas y neonazis que operan en Estados Unidos pasó de 762 en el 2004 a 803 en el 2005. En los últimos cinco años hubo un aumento de un 33%. Hay muchas razones que explican este aumento, pero el crecimiento de la inmigración hispana es la más importante”, explicó a Clarín Mark Potok, un ex periodista del Miami Herald y del USA Today que ahora trabaja en el Southern Poverty Law Center (SPLC), una organización sin fines de lucro que se dedica, entre otras cosas, a cazar a los neonazis norteamericanos [Baron, 2006b].

Más de 30 inmigrantes africanos murieron al intentar llegar a las Canarias (Clarín, 2.4.06)

Entre el autoritarismo y el control social extremo
Oscar Raúl Cardoso

El inminente envío de miles de efectivos de la Guardia Nacional estadounidense a reforzar el control de la extensa frontera del país con México puede ser entendido como la respuesta de un gobierno... a la creciente preocupación de la sociedad por la presión de la inmigración ilegal que suma ya entre seis y diez millones de seres humanos.

Es el imperio que envía sus legiones a detener a los bárbaros, algo que la experiencia histórica demuestra que suele ser insuficiente [Cardoso, 2006].

Bush anunció el envío de 6.000 soldados a la frontera con México
Ana Barón

En un discurso transmitido anoche por todas las cadenas de televisión, el presidente George Bush anunció el envío de 6.000 soldados de la Guardia Nacional a la frontera con México para frenar la inmigración ilegal que llega desde el sur del Río Bravo... Bush dijo que los inmigrantes que intenten cruzar las fronteras ilegalmente serán arrestados y deportados.

Los muros de la globalización ya dividen a 27 países
Néstor Restivo, Clarín, 9 de abril de 2006, pág. 28.

Estados Unidos está debatiendo un proyecto de ley que provee el marco regulatorio para los inmigrantes y que prevé un muro de 1.300 kms. en la frontera con México... Días antes en Israel se reabrió el debate sobre el muro (600 kms.) que ese país levanta frente a Cisjordania palestina. Estos y otros proyectos reviven la vieja, e inútil a la postre, tentación de tener paredes de segregación o protección.

Pero los “nuevos muros” están llamados a provocar más oprobio, y muchísimas más muertes. Si en sus 28 años de vida el de Berlín provocó la muerte de 270 personas que quisieron cruzarlo, los nuevos bloques, alambrados, campos minados y rejas electrificadas que cortan el flujo humano entre al menos 27 países a lo largo y ancho del mundo provocaron ya muchísimos más muertos.

Raúl Zelik, escritor alemán, dijo a Clarín que en los enclaves de España en Ceuta y Melilla, Marruecos... “murieron 4.000 personas desde los años '90 intentando cruzar a Europa, incluidos los muertos en el mar. El Muro de Berlín fue nada en comparación con esto”.

Holanda construyó uno en el puerto de Róterdam...

Los muros de la globalización
Andrés Ortega

La historia está llena de muros para marcar límites o defenderse de los bárbaros.

Los muros de la guerra fría se erigieron para impedir salir a la gente. El proceso de globalización fue un factor fundamental para el derribo de varias de estas murallas, comenzando por la de Berlín.

Pero la globalización está provocando sus propias contradicciones. En estos años pese a los que ven el mundo plano, se van levantando nuevas barreras físicas.

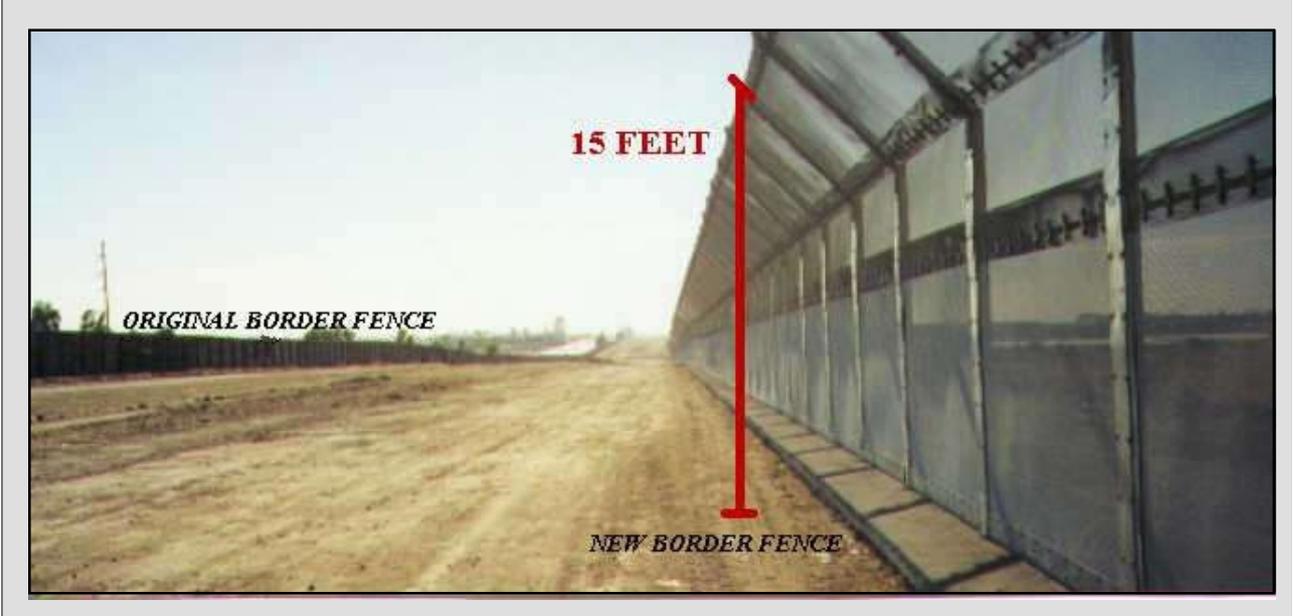
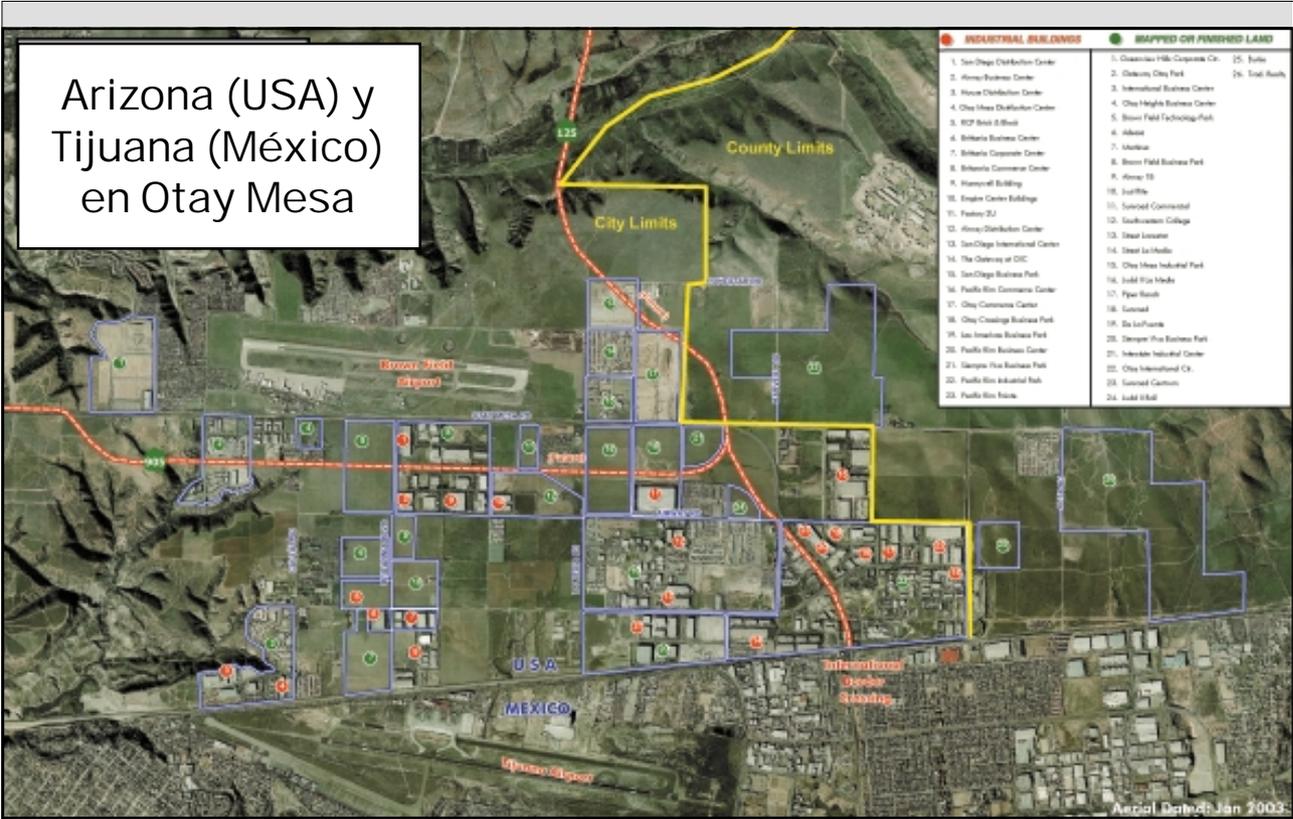
La administración Bush ha anunciado la edificación de un muro para cerrar el paso a la inmigración ilegal que viene de México, socio en el NAFTA. Cubrirá unos 1.100 kms. De los 3.200 de frontera común, en los que ya hay vallas.

Los muros de la guerra fría eran para no dejar salir; los de ahora, para no dejar entrar. La globalización necesita algún tipo de puertas para entrar y salir.

Mapa de la cuestión

Anexo 2. Las fronteras de la globalización

Entre Estados Unidos y México



Entre Estados Unidos y México

ENTRE SAN DIEGO EN ESTADOS UNIDOS Y TIJUANA EN MÉXICO. Las cruces señalan la cantidad de muertos al intentar el cruce desde México.



SAN DIEGO (USA)
Y MEXICO



En Tijuana, México, la *border fence* entra en el mar.

ENTRE ARIZONA (USA) Y SONORA (MÉXICO)



SONORA y
ARIZONA



Entre Estados Unidos y México La frontera privada

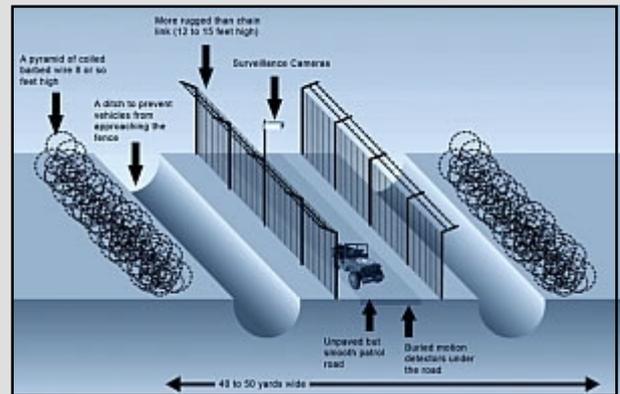
El grupo racista **Minuteman Civil Defense Corps** planea levantar una valla privada para separar Arizona de México a fin de proteger las tierras aledañas a la frontera en Arizona (Clarín, Buenos Aires, 7.5.06 «Supremacistas contra la fuerza hispana»).



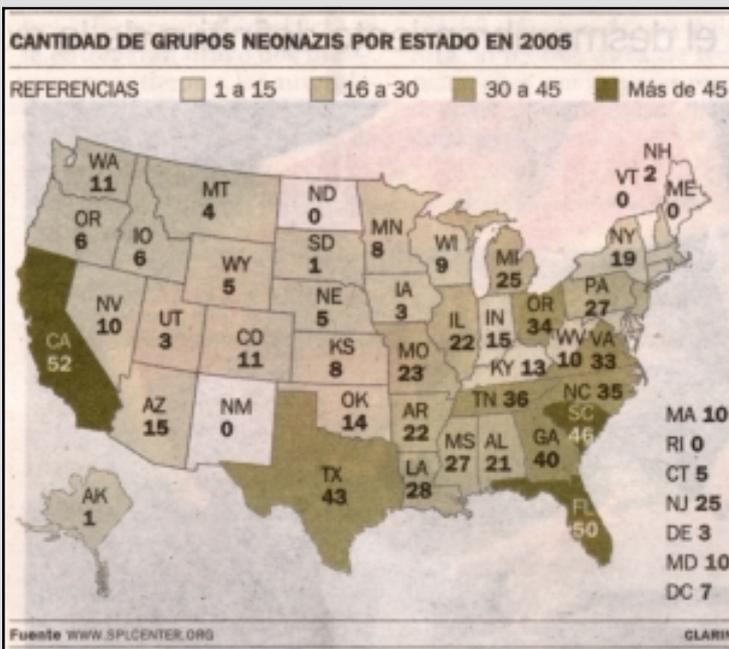
«At present, six private land owners have partnered with the Minutemen for the commencement of construction of border fencing on their land. Surveillance cameras on the fencing will be monitored via computer by registered Minutemen across the country. We have chosen a fence design that is based on the Israeli fences in Gaza and on the West Bank that have cut terrorist attacks there by 95% or more.»

www.minutemanhq.com/bf/

Sitio oficial de **Minuteman Civil Defense Corps**



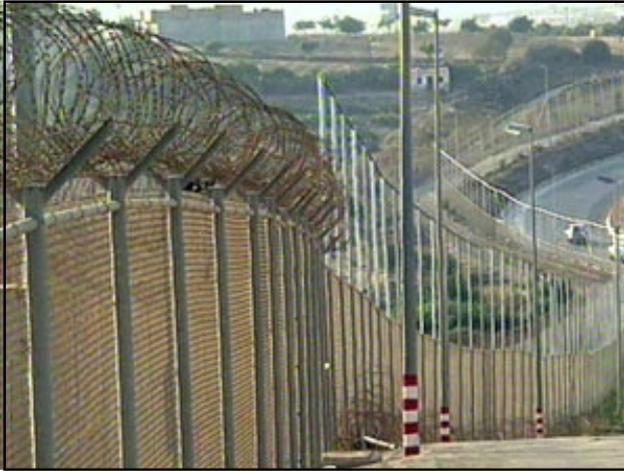
Minuteman
Border Fence



El número de grupos supremacistas y neonazis que operan en Estados Unidos pasó de 762 en el 2004 a 803 en el 2005. En los últimos cinco años hubo un aumento de un 33 por ciento. Hay muchas razones que explican este aumento, pero el crecimiento de la inmigración hispana es la más importante.

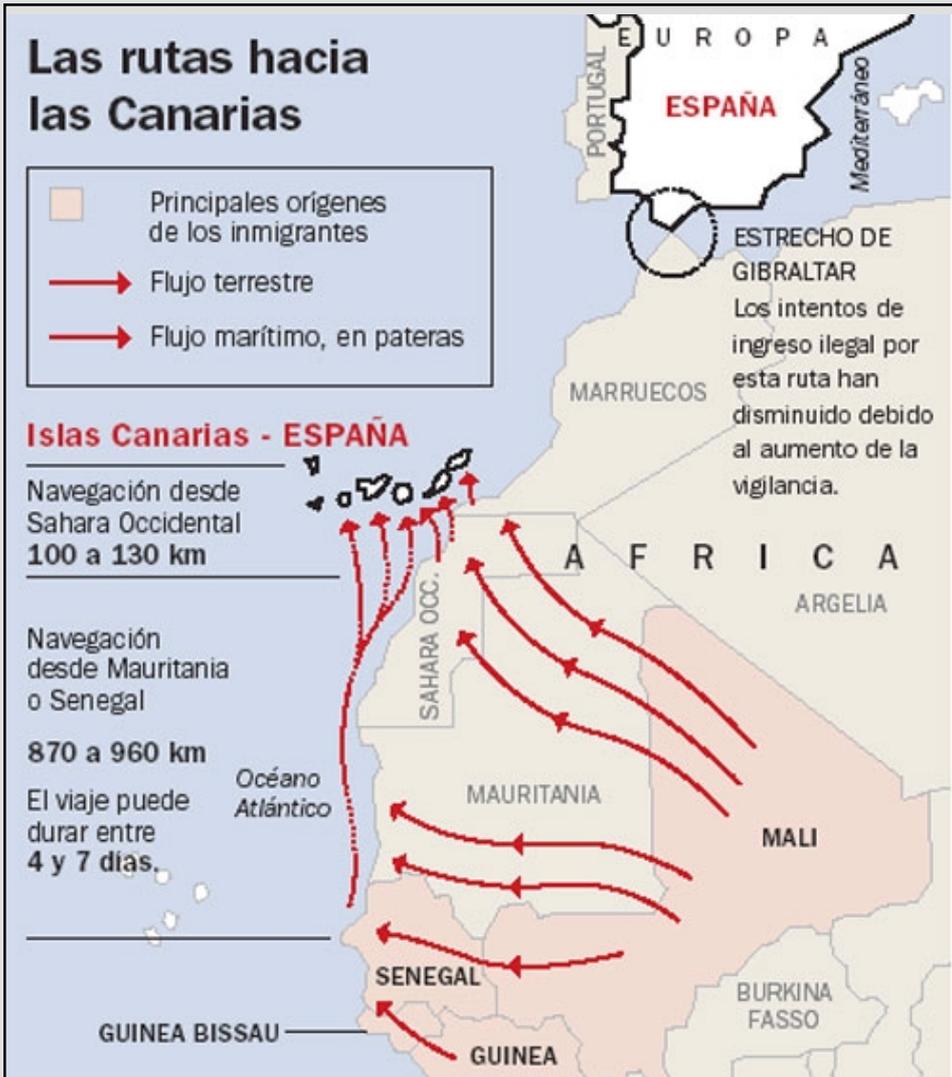
Clarín, 22.05.06, pág. 14

Entre Africa y España La frontera entre la Unión Europea y el Tercer Mundo



ENTRE MARRUECOS Y ESPAÑA EN CEUTA y MELILLA.

ESPAÑA Y AFRICA



El ejecutivo español acordó con nueve países de la Unión Europea **patrullar por mar y aire** la zona africana desde donde parten las precarias naves cargadas de inmigrantes africanos hacia las islas Canarias. España está en la vanguardia de los países más alarmados ya que en los cinco primeros meses del año llegaron a las islas Canarias más de 8.000 africanos. La avalancha incontrolada está siendo aprovechada por la derecha española que clama contra la «invasión de Africa».

Clarín, 30.05.06

Entre Israel y Palestina Primer caso de frontera interior



MURO EN CONSTRUCCION ENTRE ISRAEL Y CISJORDANIA.



ISRAEL Y
CISJORDANIA

En la página siguiente se muestra el plano de construcción del muro israelí.

NEWS ILLUSTRATED

CONFLICTIVE NEIGHBOURS

On Tuesday 30th, Israeli Prime Minister Ariel Sharon announced the approval for the construction of 27 more miles of the security fence around the West Bank. 70 miles of the first section are already in construction.

Israel Wall

In May of 2002, as the frequency of suicide attacks increased, the Israeli government decided to begin building a partial fence along the green line borders with the West Bank.

- 1 Surveillance cameras**
To keep an eye on upcoming dangers
- 2 Wire entanglements**
To prevent people crossing, 6 feet tall
- 3 Police track**
paved road for border police
- 4 Wire entanglements**
To prevent people crossing, 6 feet tall
- 5 Fence**
Will be wire armed with electronic sensors to detect encroachments
- 6 Army track**
Rough road for army patrols
- 7 Ditch**
To impede vehicle crossings, 6 to 8 feet deep
- 8 Concrete wall**
In high-risk areas instead of the wire mesh fence
- 9 Wire entanglements**

Labels: Israel, West Bank, 100 ft.

0 miles 10 20

- Full Palestinian civil and security control
- Palestinian civil control and Israeli security control
- Full Israeli civil and security control

17.2%	69.6%	13.2%

Berlin wall

It was built in order to divide the communist East Germany from the capitalist West Germany. Stretched all across Berlin, it was 100 miles long and 13 feet high.

- 1 Concrete wall and wire-mesh fence**
Sometimes fitted with electric warning device
- 2 Stalin's Grass**
Steel stakes to prevent vehicles to pass by
- 3 Second wire-mesh fence**
- 4 Wire entanglements**
To prevent people to pass by
- 5 Fine sand**
Preserves footprints if anyone tries to pass
- 6 Anti-vehicle ditches**
To impede vehicle crossings, 5 feet deep
- 7 Illuminated control areas**
Patrolled by armed guards, and light around vehicles, 20 feet wide
- 8 Electric fence**
Fitted with sound alarm
- 9 Mine field**
- 10 Watch towers**
There was 302 of them along the wall and 23 bunkers. There was 14,000 border guards
- 11 Patrol track**
Corridor with watch dogs (around 600 dogs) 20-25 feet wide
- 12 Concrete wall**
Light coloured to show fugitive's silhouette. Strong enough of withstanding the impact of heavy vehicles. On top of it there was a concrete tube to prevent escapes getting a hold by hand or with a hooked rope

Labels: East side, West side, State border, Cut through a total of 182 streets

Overall length: 100 miles
The Wall cut through 182 streets (67 between East and West Berlin and 95 between West Berlin and East Germany), 52 railway lines, 9 S-Bahn and 4 underground lines, 3 autobahns and seven rivers and lakes. On the waterways, the Wall consisted of submerged railings under constant surveillance from patrol boats.

The wall in figures

- **Escapes**
Altogether, 5,043 East Germans, including 274 border guards, managed to scale the Wall. Sixty thousand were sentenced for attempting to "see the Republic" and some for merely making "preparations"
- **Persons arrested in the vicinity of the Wall** : 3,221
- **Fugitives killed** : 238
In 28 years, the Wall claimed at least 238 victims, shot by guards, drowned in the waters of the Spree or one of the lakes, or killed jumping out of their houses.
- **Soldiers and policemen killed** : 27
- **Persons wounded** : 203
- **Attacks against the Wall** : 35
- **Number of shots fired by border guards** : 1,985
- **Bullet marks in the West** : 456

Sources: www.wall-berlin.org, Federation of American Scientists (FAS), Time magazine and www.mideastweb.org

Graphics: G2

ISRAEL Y CISJORDANIA

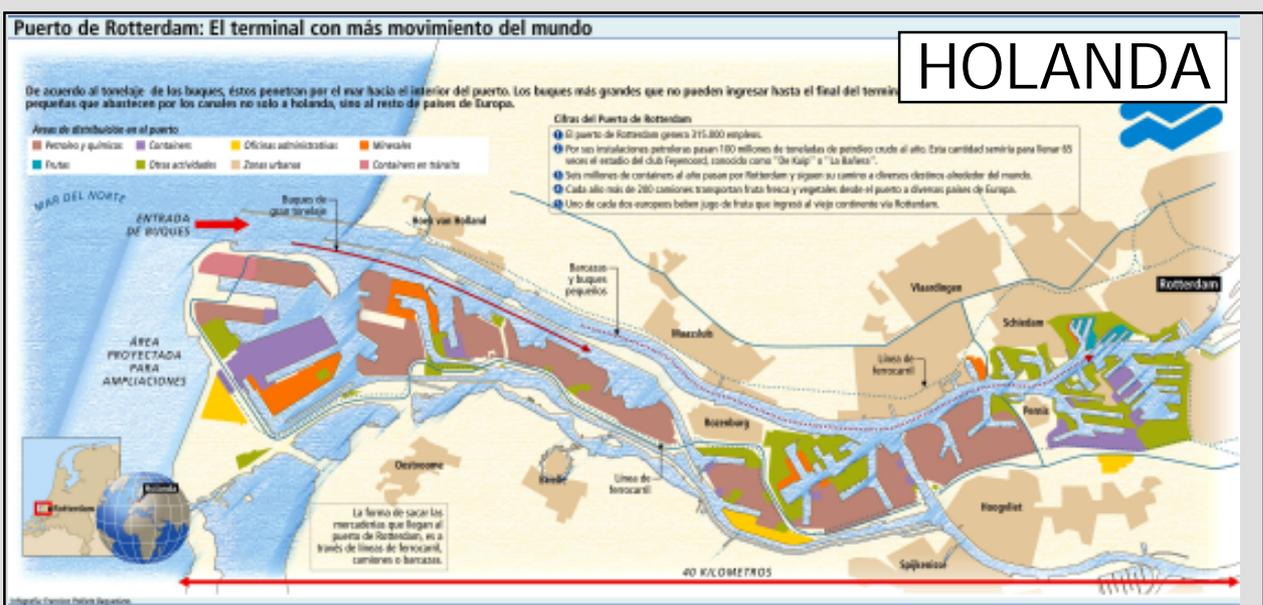
Entre Marruecos y la República Saharaí Segundo caso de frontera interior



ENTRE MARRUECOS Y LA REPUBLICA SAHARAUI. Marruecos comenzó a erigir el muro en 1980, y a lo largo de los años la pared se ha transformado en una ingente edificación de arena y adobe de más de 2.000 kilómetros, custodiada por 160.000 soldados, sistemas de radares, alambradas de espino y cinco millones de minas.

**MARRUECOS
Y SAHARA**

Puerto de Rotterdam Tercer caso de frontera interior



EL PUERTO DE ROTTERDAM. Según el periodista Néstor Restivo, del diario Clarín de Buenos Aires, en el puerto de Rotterdam, la mayor terminal portuaria del mundo, se está construyendo un muro (*Clarín*, 9 de abril de 2006, pág. 28).



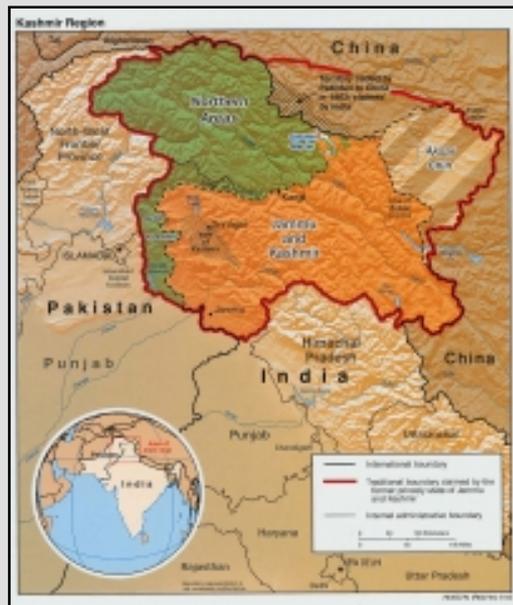
INDIA ESTA CONSTRUYENDO UN NUEVO MURO EN SU FRONTERA CON BANGLADESH. Medio millón de personas deberá dejar su hogar por el nuevo muro.



INDIA Y BANGLADESH



INDIA Y PAKISTAN



LA ZONA 'DESMILITARIZADA' QUE SEPARA LA CACHEMIRA PAQUISTANI DE LA CACHEMIRA INDIA



COREA



LA FRONTERA ENTRE COREA DEL SUR Y COREA DEL NORTE.



Chipre

0 15 Millas
0 15 Kilómetros

LÍNEA DEL CESE DE FUEGO ENTRE CHIPRE Y TURQUÍA.

CHIPRE Y TURQUÍA

The map shows the island of Cyprus with a dashed orange line representing the ceasefire line between the Cypriot government-controlled south and the Turkish-occupied north. Key locations like Nicosia, Famagusta, and Larnaca are marked. The map includes a scale bar, a north arrow, and the title 'Chipre'. A box on the right contains the text 'CHIPRE Y TURQUÍA'.



UN MURO DE LA GUERRA FRIA (que aún funciona)

MURO EN LA CIUDAD DE BELFAST, IRLANDA DEL NORTE. Separa la Belfast católica (The Falls) de la protestante (Shankill Road).

BELFAST católica y protestante

The photograph shows a long, grey concrete wall topped with a chain-link fence, stretching across the frame. The wall is covered in graffiti, including a prominent red and white design. A road runs alongside the wall. A box on the right contains the text 'BELFAST católica y protestante'.

